

Año XXI. Núm. 17

Mayo-Junio, 1941.

BABEL

17

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

Una visión más elevada del nuevo mundo

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

J. S. González Vera:
LA VOZ EN EL DESIERTO

Juvencio Valle: CANTO DE AMOR
Luis Franco: EL GENIO GAUCHO

Hernán Gómez: APRENDIZAJE CAMPERO

Enrique Espinoza:
EL DIARIO, LA REVISTA, EL LIBRO

Héctor Raurich: ALTERNATIVA HISTORICA

Morton Dauwen Zabel:
UN POETA EN EL CAPITOLIO

Los Libros: SPINOZA, GOETHE, MARX

NASCIMENTO

BUENOS AIRES

SANTIAGO DE CHILE

NUEVA YORK

COLABORAN EN ESTE NUMERO

J. S. GONZALEZ VERA.—Dos pequeños libros, *Vidas Mínimas* y *Albué* lo han colocado por su fino humorismo y su estilo inconfundible entre los mejores literatos chilenos. Es autor, además, de un estudio muy completo acerca de la obra de Baldomero Lillo. Con el trabajo que insertamos en este número José Santos González Vera inicia su colaboración en BABEL.

JUVENCIO VALLE.—Comparte con Pablo Neruda el "sur" poético de Chile. Ha publicado dos libros de versos y uno de prosa. La composición que aparece en este número pertenece a un tercer volumen todavía en preparación. Colabora también por vez primera en nuestra revista.

LUIS FRANCO.—Sobre este poeta argentino véase el extenso estudio de Enrique Espinoza: "Poesía y realidad de Luis Franco", en la "Revista de las Indias" correspondiente a enero de este año.

HERNAIN GOMEZ.—Ha publicado dos libros de versos: *Alabanzas* y *Sonata del amor filial*. Este último premiado por la Municipalidad de Rosario de San Fe, ciudad donde ejerce el periodismo. Como Luis Franco colabora en BABEL desde su fundación.

ENRIQUE ESPINOZA.—Ha publicado: *La levita gris*, *Ruth* y *Noemí*, *Trinchera*, *Compañeros de viaje* y *Chicos de España*. Anuncia para en breve: *El espíritu criollo* y *De Heine a Trotsky*.

HECTOR RAURICH.—Abogado y doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que abandona su carrera académica para pensar independientemente. A pesar del carácter fragmentario del ensayo que insertamos en este número, la personalidad de Raurich se perfila en él con toda nitidez.

MORTON DAUWEN ZABEL.—Joven escritor norteamericano, que pertenece al grupo de la *Partisan Review* de Nueva York, en cuyos dos primeros números correspondientes a este año apareció el extenso estudio acerca del poeta Archibald MacLeish que reproducimos fragmentariamente en esta entrega.

En el próximo número: colaboraciones de NATALIA SEDOV-TROTSKY, CIRO ALEGRIA, LAIN DIEZ, MANUEL ROJAS, LUIS FRANCO, ENRIQUE ESPINOZA y JAMES T. FARRELL.

FABRICACION CHILENA

b a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

Director: ENRIQUE ESPINOZA

TOMO TERCERO
Publicado en Chile

NASCIMENTO

Buenos Aires

SANTIAGO DE CHILE

Nueva York

1941

BABEL

REVISTA DE ARTE Y CRÍTICA

1

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
TUCUMÁN 692 — U. T. 6956, AVENIDA

Precio en la Capital \$ 0.20
en el Interior \$ 0.25

COLABORADORES

ARRIETA, RAFAEL ALBERTO
BAÑCHS, ENRIQUE
BRAVO, MARIO
BLOMBERG, HECTOR PEDRO
CALOU, JUAN PEDRO
CANCELA, ARTURO
CAPDEVILA, ARTURO
FERNANDEZ, MORENO
GACHE, ROBERTO
GERCHUNOFF, ALBERTO
GIL, MARTIN
GONZALEZ CASTILLO, J.
JERUSALEM ELSA
QUIROGA, HORACIO
LUGONES, LEOPOLDO
LYNCH, BENITO
MARASSO ROCCA, ARTURO
MISTRAL, GABRIELA
MONTAGNE, EDMUNDO
PRADO, PEDRO
PAYRÓ, ROBERTO J.
ROJAS, RICARDO
STORNI, ALFONSINA
VARONA, ENRIQUE JOSÉ

SUMARIO

Libros de la guerra
"Kobilek" por ARTURO CANCELA
La vida provisoria » PEDRO PRADO
Dos sonetos » ALFONSINA STORNI
John Keats » RAFAEL ALBERTO ARRIETA
Buenos Aires » ELSA JERUSALEM
El sátiro loco » LUIS L. FRANCO
Nuevos poemas » FERNANDEZ MORENO
Las Virtudes y los
Vicios (cuento) » N. SCHEDRIN
El monstruo suelto » ALBERTO GERCHUNOFF
La reacción en la es-
cuela » JUAN PEDRO CALOU

PERSONAS, OBRAS Y COSAS

Sobre unos versos de Rubén Darío - Arturo
Capdevila "doctores" a Luis L. Franco - Un
libro inédito - Novelería.

CRÓNICA TEATRAL

"Las sacrificadas" - "La Sultánita" - "Farruco"

CRÓNICA MUSICAL

El año de los conciertos - La Compañía de cantos
y bailes nativos.

LA VIDA LITERARIA

"A la deriva" - "Alisno" - "Languidez"

Reproducción de la portada del primer número de BABEL, aparecido en Buenos Aires, primera quincena de abril de 1921.

Editorial

VEINTE AÑOS

Sí; veinte años acaba de cumplir nuestra revista, llegando de paso al segundo aniversario de su reaparición en Santiago de Chile. Veinte años. Es mucho, sin duda, para un empeño de esta índole, entre nosotros. Con todo, no vamos a enumerar hoy, bajo tal motivo, las múltiples vicisitudes babélicas durante los dos decenios transcurridos. Son inherentes a cualquier empresa de cierta elevación. Sólo recordaremos que, a pesar de ellas, alcanzamos a publicar no menos de cien números de la revista y otros tantos volúmenes con el mismo sello editorial. Algonos, realmente notables.

Muchas veces sacrificamos a la obra individual de un Lugones o de un Quiroga el trabajo colectivo del periódico, en la imposibilidad de armonizar en un todo la orientación común hacia el mañana.

Aquí en Chile, antes de reagrupar el núcleo fundamental de la revista, ofrecimos indirectamente nuestro pensamiento a través de una serie de cuadernos que nos diferenciaron en seguida de todas las publicaciones neutras y mediocres del género.

Claro que fuimos a pura pérdida en todo sentido; pero ahí queda una colección excepcional de páginas libres y extraordinarias. Desde luego, si hubiéramos empleado igual celo en escoger trozos bien pensantes para los escolares, como han hecho muy orondos algunos escritores "idealistas" de Buenos Aires, a la fecha tendríamos imprenta propia y depósitos en los Bancos.

BABEL

Mas, en verdad, nada de cuanto aquéllos lograron:—pues, cátedras, representaciones—tiene valor para nosotros. En buena hora se lo dejamos todo, seguros de salir ganando con la pérdida. Pues en nuestro fracaso a los ojos de tales triunfadores está nuestro éxito en la acepción más noble de esta palabra sospechosa.

No sabemos si nuestro auditorio de los dos últimos decenios supera el de varias cátedras oficiales durante igual número de años. Estamos seguros, en cambio, de haber realizado una labor más desinteresada, porque sin sueldo alguno dentro de la plana del profesorado "idealista", no tenemos tampoco derecho a una jubilación burocrática dentro o fuera de la diplomacia. Y así proseguiremos hasta cuando nos sea posible contra viento y marea, animados del mismo entusiasmo juvenil con que lanzamos el primer número de BABEL, donde apunta ya una incipiente colaboración chileno-argentina.

En cuanto al espeso silencio hecho en torno del periódico, a pesar del tardío reconocimiento de tal o cual valor literario aislado o rumbo artístico debido a sus páginas vale la pena recordar las siguientes palabras del famoso crítico inglés Matthew Arnold: ~~dar las siguientes palabras del famoso crítico inglés Mathew~~ Arnold:

"Cualquiera que trate de ver las cosas como son se hallará en un círculo muy pequeño; pero sólo haciendo estos pocos su labor las ideas adecuadas llegarán a formar corriente".

¿Qué importa, pues, que no lo advierta la bulla superficial de los filisteos de la cultura, es decir, nuestros pequeños burgueses de tomo y lomo? Toda obra profunda exige soledad, paciencia y altura de miras. No aplausos vanos.

González Vera

LA VOZ EN EL DESIERTO

(El presentador, el conferenciante y el público)

En Chile rara es la persona que no desee contribuir al bienestar humano como conferenciante. Hasta los hombres más acaudalados prefieren esta forma de beneficencia.

Ciertos días, en Santiago, no menos de veinte charlistas se ponen en contacto con otros tantos auditorios. La conferencia ha logrado así convertirse en algo tan bueno como el pan; ha penetrado hasta la raíz de nuestras costumbres; es una necesidad.

Además de las instituciones docentes, científicas, artísticas, y literarias, poseen salas adecuadas para tal fin los bancos, los ministerios, los clubs, los diarios y aún ciertas pastelerías.

Existe también, y es probable que sea único en el mundo, un boletín que las registra por orden cronológico.

La abundancia y la gratuidad de las conferencias, ha impedido que surjan sociedades para darlas con entrada pagada, aunque éstas las patrocinen los más altos literatos. El público, cuando se las menciona, las recibe con la misma frialdad que si le propusieran el ingreso a sociedades para respirar.

Cuando llega un extranjero sin oficio, apenas sus amigos se cercioran de que sabe leer y escribir, se le propone que hable. No importa que desconozca el español. Hay asociaciones, sostenidas por colonias extranjeras donde se puede hablar en francés, japonés, ruso, inglés, alemán, hebreo, esperanto y cualesquiera lenguas.

La conferencia se compone de un individuo que presenta, del presentado y del público. (¡Así es su suerte!) que debe escuchar a uno y otro.

Antes hacía la presentación una persona gloriosa. Por ejemplo, un literato popularísimo o algún personaje de ilustración varia a quien los jóvenes distinguían con el nombre de pensador. El literato, el pensador, hablaba media hora y dejaba al conferenciante consagrado hasta el término de sus días. Si el pensador estaba en el secreto de la elocuencia, el hablante quedaba un tanto deslucido, un poquito opaco.

Ahora la presentación la hace un joven cualquiera, un aprendiz de conferenciante, un futuro charlador. Es presentando a los demás como mejor se pierde la vergüenza. Y, sin embargo, es una tarea delicada, de confianza, en que el tino y la cautela, por sùtiles que sean, nunca son suficientes.

¿Qué palabra debe el presentante decir primero? Acaso convenga partir de algo inaudito, lejano, insospechado, aunque sea procedimiento demoroso. Así se llega a las palabras cordiales, a la leve semblanza, al resorte milagroso de la simpatía.

Los rodeos, en una presentación, llenan dos objetos: es el uno no decir casi nada del que va a dirigir la palabra después, para que el auditorio se le entregue sin prejuicio, y el otro es provocar en el público el deseo vehemente de que uno termine. En ambos casos se beneficia el sucesor.

Cuando el presentador odia la vulgaridad, puede iniciar su alocución con ataques vigorosos al conferenciante. Con este procedimiento es seguro que romperá la aparente apatía de los oyentes, puede mejorar la temperatura de la sala y cada palabra suya será recibida como si fuese moneda. Pero bastará que los amigos del presentado no sepan apreciar ese arranque original y sugestivo, en lo que vale, para que el presentador sea ultrajado allí mismo, aunque con ello se pisoteen los fueros de la inspiración y se cause grave ofensa a las musas.

Por el camino opuesto, el de las alabanzas, resultará vano su empeño si no consiguen fundarlas muy bien. El favorecido y cuántos

lo admiran podrán sentir gran contentamiento, pero el auditorio—suma de muchas inteligencias en actividad—será raro que se una al coro. Y nada raro que se mofe equitativamente de uno y otro.

Mal sale del paso quien describe a su personaje. Si dice que éste tiene la frente alta y despejada, dirá palabras vanas porque está a la vista de todos; si afirma que sus ojos son muy hermosos, no habrá una sola mujer que desde el instante de entrar no lo sepa. Además, el descrito, ¡es tan natural!, sentiráse convertido en fenómeno y experimentará un odio atroz por el hablador.

Grave imprudencia es también avanzar que dirá esto o aquello. Los oyentes, con miradas, movimientos intencionados y ruidos expresivos, le significarán que no debe seguir, y que si pretende decir lo que corresponde al siguiente, alguien está de más. Y el presentado, el propio presentado, viendo cómo disminuye el caudal de su conferencia, lo mirará con el afecto de Caín...

Muchos peligros entraña la presentación: ya porque se dice demasiado, ya porque se invade la órbita del hablante; una vez porque se es muy preciso, otra porque se es muy difuso. A esto debe agregarse el pecado de vanidad que a veces suele hacer presa del presentador. Supongamos que se crea elocuente o se considere con voz aterciopelada. ¿Será capaz, con tales estigmas, de respetar el tiempo del conferenciante? El público acaba de llegar. Oirá con ansias los primeros diez minutos. Después, quizá por un lapso idéntico, oirá con respeto no desprovisto de prevención.

Esos veinte minutos puede ocuparlos el presentador si la vanidad lo asedia, si no puede refrenar sus malas pasiones, pero es bueno que sepa que su vanidad le habrá creado un enemigo atento y durable: el conferenciante, el pobre sucesor que actuará ante una concurrencia fatigada, impaciente, avara de aplausos, dispuesta a ponerse de pie apenas haga una pausa o lo aqueje un acceso de tos.

Más ventura encontrará el presentante si imita la técnica de la decoración. Es decir, si fija levemente al personaje y traza el contorno, el ambiente, con pinceladas de gran expresión, que le sirvan de apoyo y lo sitúen con amabilidad en medio de las cosas.

El conferenciante ocupa un sitio entre el orador y el actor. Es sensitivo. Posee el convencimiento de su singularidad absoluta. Siente que ha nacido para cumplir una gran misión y la cumple implacablemente. Es sin duda, un artista. Si el mundo fuera una policromía, se consideraría matiz indispensable.

Aunque la humanidad doliente les confunda, los conferenciantes divídense en categorías, a menudo divergentes: los que leen, los que hablan y consultan apuntes, los profesores, los descarados y los simuladores.

El que lee ofrece la ventaja de terminar cuando llega a la última palabra. Considera, para su propio consuelo, que su método es más científico y más honesto porque—y esta idea está muy generalizada—, lo que se escribe se ha pensado mejor.

Más se dilata el que habla y consulta apuntes. Es, con frecuencia, orgulloso. Cree, por llevar notas, que supera al anterior en capacidad de síntesis. Y, como va desarrollando libremente cada idea, está convencido de que su comunión con los oyentes es más profunda, más íntima. ¡Feliz él!

El profesor también suele dar conferencias. La costumbre de ganarse la vida hablando le ha dado medida, claridad y voz apropiada. No tiene ningún sacratismo por las palabras. Se mete en ellas como el apir en su mina. No usa ningún recurso teatral. Tiene la naturalidad del que ejerce un oficio. Habla en estado de ausencia. Lleva varios libros bajo el brazo. Empieza a discurrir. Luego abre un volumen y lee dos páginas. Especula otro instante y lee página y media. Habla con prudencia y recita uno o dos párrafos más. Nunca deja de decir cosas razonables. Los majaderos, tal vez guiados por la envidia, suelen objetarle que lo dicho de su propia cosecha es inferior a lo que lee.

El profesor, gracias a la costumbre, apenas cumple los cincuenta minutos, ordena sus textos y guarda un silencio digno y bienhechor.

El descarado, el improvisador puro, es el más sano de todos. No odia a los demás hablantes. Les tiene compasión, les considera meros

aficionados que pierden en vano su tiempo. Cree que se nace con el dón.

Fiel a su creencia no estudia, no se ilustra, no se deja llevar por el pensamiento. Utiliza las nociones asimiladas en el Liceo. Reúne un caudalito de metáforas y confía en su buena memoria que le pone en los labios oraciones de griegos y latinos. Además, confiará a sus gesticulaciones lo que no quepa en las palabras.

Mientras habla adopta actitudes heroicas y magníficas. Su representación distrae al público y le conquista. Puede, en consecuencia, hablar más largamente que los anteriores. A menudo habla sólo hasta llegar a la afonía. Es tan dramática su expresión que podría pensarse que el mundo se derrumbará cuando dé el último grito.

Se le puede conocer por la forma en que comienza: “Hay momentos...”; “Pocas circunstancias como ésta...”; “Razón tuvo Horacio cuando...”.

Patético es el caso del simulador. Dice mil cosas por hablar. Sólo quiere hablar y hablar siempre. Odia el reposo y el sueño. Es casi siempre un ser de mente desordenada, tímido, astuto, cauteloso, parecido al morfinómano, al jugador, al poseso, al enfermo. Fué un hombre razonable, normal, hasta cierto instante de su vida. Desde entonces no se siente vivir, sino cuando habla. Estar en silencio es para él un sufrimiento. Vive de oír, pero de oír sólo lo que él mismo dice.

Su nefasta y secreta pasión lo lleva a todos los sitios donde el hambre de aprender reúne a gentes buenas e inocentes. Tiene facilidad para enfilear palabras, y hablaría, si hubiese oyentes apasionados, días y noches completos. ¡Cuánto se le estimaría si tuviese algo que decir!

Posee como nadie el sentido del mimetismo. Se presenta ya como profesor, ya como improvisador y consulta, a veces, ciertos garabatos con los que se zafa cuando el disgusto colectivo arrecia. En caso de peligro cierto, exclamará con voz austera y angustiosa: “Es cuanto tenía que decir”.

Cuando un auditorio lo esquivo, busca otros.

Es frecuente oírle decir que está en deuda con la sociedad, pues ésta le ha proporcionado una cultura que no le ha sido dable devolver. En ciertos debates públicos cree que puede enriquecer la dilucidación expresando su punto de vista. Considera deber suyo no restar su concurso en el estudio de ningún problema porque la verdadera democracia se edifica con el pensamiento de todos.

Si llega el momento en que ninguna institución cultural tolera su ayuda, le queda el recurso de hacerse incluir en el programa de alguna velada, aunque sea en el último lugar. En el camino se las ingenia para actuar antes.

En su descenso organiza sociedades extrañas a las que, por breve tiempo, logra enjaretarles sus elucubraciones. El mismo, para nimbarse de confianza, lleva informaciones a la prensa en las que se trata con generosidad y consideración.

Después de peregrinar por asociaciones patrióticas, benéficas, internacionales, bilingües o panamericanas, y de ser eliminado de todas ellas, descubre que la sociedad está muy corrompida e ingresa en cualquier partido conservador o nacionalista. También ocurre lo contrario: se le revela de manera fulminante el horror de la desigualdad social y, como hombre consecuente, trata de mejorarla desde ese mismo día.

Va entonces a los modestos locales de los socialistas y comunistas. Por algunos meses disfruta de asambleas ávidas de sabiduría, formadas por individuos sencillos y fraternales. Mas, como no hay organismos sin medios defensivos, de allí es expulsado por traicionar la línea política del partido, por exceso de demagogia, por confucionista o mantener sospechosos vínculos con los enemigos tradicionales del proletariado.

Un hombre de seso maduro aprovecharía ese interregno para incorporarse a la santa vida del hogar. En él meditaría con sosiego en las dificultades que la pasión del bien público depara al ser humano; pero el simulador no se conforma. Quiere servir a sus contemporáneos, a su país o su raza, mientras aliente. Y como la incompreensión lo persigue, se contenta con merodear en torno de los

banquetes o los funerales donde se puede enaltecer al festejado o fijar los méritos del que retorna al seno del Altísimo. Así la tradición se enriquece con nuevos ejemplos y la juventud puede llevar al porvenir un pendón más glorioso.

Antes de la hora final, algunos también deben renunciar a los banquetes y funerales. Al simulador no le queda sino volver los ojos al oriente y comprobar una vez más que la verdadera sabiduría allí tuvo su cuna. La verificación de este hecho le dara nuevos ánimos para fundar una pequeña rama espiritualista, y de acuerdo con las normas de rigor, aunque haya envejecido en el culto multiforme a la carne, deberá adoptar el más horripilante vegetarianismo.

Cuando se piensa en estos hombres, uno debe felicitarlos de que la inmensa energía que llevan en sí, quieran sólo convertirla en charlas y conferencias.

¿Qué sería de la sociedad si tomarán el camino de la violencia, de la destrucción, si se dedicaran al abigeato, si saltaran a los caminantes, si, como los iconoclastas, asolaran los templos? Ni siquiera lo pensemos.

Gentes entre sí desconocidas van entrando a la sala de conferencias. Domina el número de personas vestidas correctamente, pero no escasean los empleados modestos, los obreros de rostro inteligente, las señoras de antiguo rango.

Emociona ver entrar a los ya ancianos. Entusiasma la asistencia de los jóvenes y conforta la presencia de los trabajadores.

En la lenta masa que se mueve de la calle al interior, los sombreros floreados y las faldas de colores audaces dan calidad previa al acto que deberá comenzar luego.

Parece que a todos les moviera el deseo de aprender, informarse y enriquecer su espíritu. ¡Así debe de ocurrir en el cielo!

Dos señoras, cuatro señoras, veinte señoras se han acomodado en el salón. La vestimenta de unas es más rica; en otras se destaca la expresión apacible; a éstas las ilumina cierto halo romántico; aquéllas tienen el rostro trabajado por alguna preocupación teosófica.

Pero, aunque individualmente difieran, el conocedor de la ciudad encuentra en ellas un sello fraternal, una como condición semejante. Son mujeres licenciadas por el genio de la especie. Sus hijos alcanzaron la edad de la independencia, y sus maridos, si existen, en ese momento tal vez comprueban que el vino es bueno o recuerdan su alegre juventud.

Ellas, sin dinero bastante para optar por entretenimientos verdaderos, vienen a la sala tibia, generosamente iluminada, y aquí conversan, miran y disfrutan mientras dura la espera.

Con modestia, embargados por la timidez, con la mirada brillante y esquiva, se sientan en los sitios más próximos a la tribuna algunos jóvenes que padecen la obsesión de cultivarse. Se alegran de haber llegado a tiempo y gozan porque no perderán una sola palabra. Cuando salían de sus oficinas, de sus talleres, pensaron que sería criminal no oír esta conferencia...

Han descartado la posibilidad de reunir una fortuna, pero no la de atesorar ideas, juicios, puntos de vista, observaciones, argumentos. Viven embriagados y pisan en lo firme pensando que este caudal es inviolable, no pueden perderlo, ni nadie conseguirá arrebatárselos.

Algunos individuos, apenas se abre la puerta, ocupan los sillones que nadie quiere: aquéllos que tienen por delante una columna o cualquier otro obstáculo. Su aspecto es vulgarísimo y su presentación sencilla. Por la edad, el aire silvestre y la despreocupación, se adivina que viven de una jubilación austera. Son viudos o solteros empedernidos. Les aterra la idea de llegar a la pensión antes que los demás, acaso por haber organizado su tiempo para perderlo con orden y provecho.

No tienen vida interior, ni curiosidad, ni iniciativa. Allí oyen frases que enriquecen su vida cotidiana, y dormitan. Cuando sueñan los aplausos saben que es exactamente la hora de comer... Entonces se van contentos. No han hecho daño a nadie y otro día ha terminado.

El grupo que no es posible identificar, sino cuando la conferencia ha comenzado, es el de los silenciosos. No difieren mucho entre sí. Revelan cierta distinción. Oyen en éxtasis como los melómanos.

A menudo conocen un vastísimo vocabulario, dominan las ideas generales y, en determinados órdenes del conocimiento, no encuentran fácilmente secretos. Saben apreciar la forma, el espíritu de síntesis, la originalidad, la idea sutil, la calidad mental, porque la meditación forzosa les ha depurado; pero padecen de atrofia verbal, de incapacidad discursiva. Usan las palabras más breves y yacen en deplorable aislamiento.

Como lo habitual no es desarrollar las propias capacidades, sino conquistar otras, estos seres silenciosos están unidos indisolublemente, lo mismo que la sombra, a los hablantes. Hacen sacrificios por estar a su alcance.

El prestigio de la palabra dicha determina en ellos la más resuelta indiferencia por lo que ésta pueda expresar o conducir. El placer está en oírlas en cantidad, en sentirlas soñar, vibrar, en recrearse con el eco.

Ocupa el silencioso una categoría cercana a la del músico. Su oído está superiormente afinado, y percibe, en singular, los matices, los tonos, la mentalidad de la voz que va como la sangre circulando por las palabras.

Podría decirse que el silencioso aplaude con su corazón. Mientras el flujo verbal posee al conferenciante, él permanece en su nirvana. Cuando la última palabra devuelve su imperio al silencio anhelado, el nirvana se extingue y el silencioso padece la angustia de los ruidos inorgánicos.

Amable contraste ofrecen los jóvenes y señoritas que llegan pre-munidos de un cuaderno... Su presencia es la que más halaga y honra al charlista, porque éstos no se contentan con la fácil tarea de escuchar, sino que anotan todo lo que van oyendo. Mirándolos, el hablador encuentra su mejor pago. Y como nobleza inspira nobleza, se afana en seleccionar sus mejores pensamientos, en verter-

los en forma ceñida y pura, en moderar el énfasis y modular con primor cada vocablo.

Por más que su inspiración quiera vaciarse con la violencia de la catarata—lo que electrizaría al auditorio—, el hablante la refrena, y sus oraciones se suceden con ritmo lento. Así colabora y facilita el trabajo a esos jóvenes estudiosos, que no ponen su confianza en la memoria falaz, que anotan y sintetizan, en una palabra, que aspiran a formarse una verdadera cultura...

Los jóvenes escriben con movimientos rápidos, con rasgos nerviosos. Sus rostros no denotan emoción. Los que están atrás o a los lados, si mirasen lo que escriben, no participarían del espejismo del conferenciante, ya que se trata de caracteres taquigráficos y quiénes los hacen han ido guiados por el deseo de hacer un poco de práctica.

La moda que determina el cambio de temas, también influye en la elección de los títulos. Sería casi imposible reunir oyentes para una charla que se titulara: "la sexualidad al alcance de todos", pero interesaría si la denominación fuera: "el ritmo en los movimientos de la libido".

Los jóvenes ambiciosos, que han tomado para sí la tarea de recibir la cultura de las generaciones que encaminan sus pasos hacia los cementerios locales, y traspasarla enriquecida a las que vendrán, suelen ir a las conferencias guiados por el título, cuando es sugere. Sin embargo, proceden con la más recelosa prudencia. Se sitúan en la puerta y, por amables que sean los requerimientos del acomodador, no se sientan. Allí están, oyen el preámbulo y luego salen como huyendo de un incendio.

Pero en la puerta, además, se colocan algunas personas que tienen una cita para quince o veinte minutos más tarde. Son eclécticos, bonachones, y aplauden cada vez que la cortesía lo aconseja. Si el conferenciante les mirase es posible que pensara, con aflicción, en que las sillas no han sido suficientes ya que tantas personas quedaron de pie. ¡Grata ilusión!

Apenas llega el momento del compromiso o la reunión, y aunque el charlista esté diciendo algo de vida o muerte para los destinos del continente, parten desalados. Se les conoce porque consultan el reloj en demasía.

Entre los que han tomado asiento hay muchos varones que también consultan sus relojes. Son los amigos y vecinos del conferenciante. En varios años de conocimiento ha habido entre ellos el más variado intercambio de servicios. Además, recibieron invitación especial. Y allí están. Todos saben leer y escribir pero no tienen el hábito de oír conferencias. Por eso miran por lo bajo la lenta ronda de los minutos. Aparentan estar muy atentos o solicitados por asociaciones de ideas asaz singulares. Piensan, efectivamente, que la existencia no es una sucesión de hechos felices o que no se conoce el caso de una conferencia que dure toda la santa noche. Y así se dan ánimos.

A cuantos concurren a estos actos, atraídos por el sortilegio del verbo, es justiciero agregar cierto número de vesánicos. Escuchan con la más patética seriedad y cuando se hace nuevamente el silencio, avanzan hasta la tribuna y felicitan al hablante con aspavientos y reverencias.

Entre los auditores, de suyo morenos, resaltan los individuos y las damas rubios, de ojos azules y de narices que se humillan sobre el labio superior. Todos ellos son parientes muy remotos de nuestro Señor Jesucristo... Vienen para familiarizarse con el idioma y mientras más larga es la perorata, mayor es su felicidad porque todas esas palabras son gratuitas. Más tarde las emplearán como dardos o como flechas para el trueque de productos de bisutería y hasta para cosas útiles.

No faltan entre los auditores algunos jovencitos que ocupan los últimos escalones de la burocracia. La sala de conferencias es para ellos el trampolín. Establecen utilísimas vinculaciones para la hora de los ascensos. Heroicamente beben la cicuta durante una hora o

BABEL

más. En el minuto de los parabienes se aproximan al conferenciante. Han oído con interés de la primera hasta la última palabra. Nunca oyeron una exposición tan clara, tan armoniosa. Las dos horas han pasado sin que las sintieran. Lo sensible es que tal o cual punto no lo desarrollase por completo cuando con sólo media hora más habría bastado. ¡Es una lástima! Ellos, si el maestro da una conferencia suplementaria, serán los primeros en llegar a la sala. Los ha impresionado tanto el punto de vista del conferenciante, que no se sentirán conformes hasta conocer las conclusiones, que, naturalmente, serán notables...

El charlista sabe que no podrá hablar muy pronto (el público comenzó a desertar desde los primeros desarrollos) y el fervor de esos jóvenes, tan atentos, lo emociona. Entonces opta por invitarles a tomar el te en su casa, en donde entre un pastelillo y otro va haciéndoles entrega de su valioso caudal.

El conferenciante y el público se complementan, aunque sea de mala gana. El primero considera que su parloteo es beneficioso para la sociedad. El da rumbos, dice la primera o la última palabra de un tema apasionante, es el arquetipo de la opinión pública.

El público actúa de receptáculo, va porque sí, por una especie de vicio. Si el charlista es muy letal, inicia su defensa con ruidos, con toses o sonándose las narices, o dejando caer el paraguas al suelo. Algunos asisten sólo para irse cuando ha comenzado el discurso. Los hay iracundos que se alejan marcando los pasos. Otros, formados en una escuela exquisita, se levantan en silencio cuando el conferenciante renueva el aire de sus pulmones, y se van en puntillas para no distraer la atención. En sus movimientos indican que deploran tener que irse.

Otros se habrían ido al comienzo, pero no quieren ser notados y esperan que alguien tome la iniciativa para seguirlo, y así se desgrana y se venga el auditorio de su voluntario tormento.

Pero el hablante, también, cuenta con su sistema para abatir la moral de los auditores, fuera de su propia conferencia, naturalmen-

BABEL

te. Su sistema consiste en llevar su perorata escrita con mucha interlinea, en papel denso, que forma un legajo atemorizador. Algunos, cuando le han visto leer la primera página lentamente y ven las que quedan, casi sollozan. Otra treta que causa mucha indignación en los temperamentos nerviosos, y que el hablador emplea cuando arrecian las carrasperas y los ruidos, es la de abandonar la carilla sobre la mesa e improvisar una variación que no fué posible insertar en el texto. El oyente se deprime en grado absoluto porque, siempre la imaginación es más pavorosa que la realidad, piensa que si cada carilla es seguida de explicaciones extras, no terminará jamás.

Cuando la conferencia termina la sala está semivacía. El hablante no se extraña. Sabe que son muy pocos los capaces de seguir toda la serie de su razonamientos...

Juvencio Valle

CANTO DE AMOR

*Te toco humanamente, y en ti toco
litorales hasta hoy desconocidos,
toco cuerdas de amor, dulces maderas
blancas como cerezos, me persiguen
perros azules como enredaderas;
palpo revuelos cálidos, me pierdo
por caminos de sol, caigo entre rieles
o me cruzo con jóvenes serpientes.*

*Te evoco junto a mí, y es tu ceniza
estorbando en mis dedos, son tus plumas
aplastando en mi pecho, son tus yemas
despertando por fin, y son tus hilos
tendiendo vallas en mi desgobierno.*

*Es tu acento imperando, fatalmente,
es tu lustre mandando, son tus señas
retumbando y sonando, es tu declive
corriendo al borde de las madre selvas;
es tu piel alumbrando por abajo
y es tu pelo cayendo, si algo cae.*

*¡Mi paloma celesa, mi enemiga,
rosa salvaje, venenoso lirio!
Cómo me hieren tus agudos hierros,
cómo me duele tu organdí tan dulce,*

BABEL

*tu frente mineral de espiga aérea,
tu resplandor oculto, tus navajas
con la nieve en los mangos, tus floreros
con su tierra privada tan adentro.*

II

*Venid en justa pompa, Carolina,
venid en tren de fiesta, Rosalía,
con la rosa en el pecho, Magdalena,
con la trenza a la espalda, Margarita
con el cielo pegado en el vestido.*

*Venid a este congreso, camaradas,
a este impuro certamen, mariposas,
a esta plaza de toros de asta de oro;
destocadas de pálido y celeste
venid a combatir, dulces espadas
a este bosque final, a esta cosecha.*

*Traed cántaros nuevos y altos ramos,
traed copas de olvido, y que la tuna,
que el suspiro, el hechizo, el embeleso,
que la ilusión, que el éxtasis, el alma,
que el frenesí, el ensueño, la azucena
y que también la azul melancolía;*

*y que también la piedra en campo frío,
que el cisne y el león, que nuestro pecho
con su jazmín de sangre, que la parrá
con su caño febril, y que el derrumbe
del ángel, la violeta y el caballo.
Que todo, trenza, arroz, verbena, alambre,
lanza, pescado, anís, ala y anillo
a este pozo de luz venga cayendo.*

BABEL

*Portad fuentes de plata y dentro de ellas
que amanezca temprano el dulce día,
que el aceite letal unja los cuerpos,
que el tabaco gobierne, que la pólvora
desenvuelva su heroica crinolina.*

III

*Mujeres que tenéis lirios sagrados,
entre piernas azules, nariz de oro,
adorables que vivís en femenino,
en terciopelo diurno, en cofre pío;
señoritas celestes, desvaídas
como el agua del cielo, temblorosas
como los peces verdes, desmayadas
como la luz sin alas cuando baja;
todas dueñas de dulces territorios,
todas llenas de lágrimas por dentro.*

*Del sueño a la raíz, tan pura plata,
de la luna a los pies, tan blanca nieve;
qué espeso tricolor de aurora a aurora,
qué dulce dimensión de boca a uva,
en este atrio nupcial me transfiguro,
aquí me sobrepaso desmedido.*

IV

*Venid, amiga mía, a arar la tierra,
demos lustre a la vieja agricultura;
adoremos al buey, hagamos patria,
ya buscando el coral, lavando el oro
o apuntando la flecha hacia la luna.
Ordeñemos la higuera, levantemos
con cuatro tablas una enredadera.*

BABEL

*Si me acuerdo de ti, levanto tierra,
apresuro la rosa, palpo seda,
digo raíz sublime, alta rodilla,
muselina dorada, espacio tibio,
beso y enagua puros, sal y azúcar,
leche desparramada y perfumada.*

*Y te traigo la miel para que comas,
la cebolla, el maíz, el pan centeno,
la espiga que enriquece los mercados,
la aceituna española y la cebada.
De la montaña azul te traigo pájaros,
de la mar vellocinos y botellas.*

*Te quiero con rencor, por eso muerdo
con rabia la manzana de tu huerto
por eso enarco el pecho y me florece
la piel a contraluz, por eso sangran
pulmón y corazón bajo los dientes.
Por eso es que la púrpura vacila
y la espada flamígera deviene.*

*Por eso te coronó de amapolas
y rendida a mi clamor te tengo, oveja;
por eso te hago hueco a mi costado
y te entrego la palma y te señalo;
y eres tú con tu trébol y tu lana,
con tu flauta delgada y con tu verde
pastor que te conduce a silbo y agua.*

*Yo, varón sin nobleza, hecho de barro,
sin bandera, sin índice, sin lirios,
os amo como puedo, impuramente,*

*en forma de invasión, cuchilla en mano,
 ós amo en capitán con carabina
 en rudo leñador que afila su hacha.*

*Os amo bien desnudo con mi barro,
 bien gusano de luz, a ras de tierra,
 vuelto piedra y raíz, como un minero,
 pecho y boca en los túneles oscuros,
 aullando cuesta abajo como un lobo,
 llorando noche a noche en vuestra oreja.*

*Aquí irrumpe desbocado mi caballo,
 aquí remato feliz, aquí retumbo
 y florezco al azar, aquí me pierdo
 y sollozo desnudo, aquí me ahogo
 y doblado y herido pongo oído
 a mi propia y recóndita herrería.*

*Pero, a veces, qué trémula es mi harina,
 qué callado el camino de la hormiga
 y que mística la sombra del olivo.
 Qué ojeras me circundan de repente
 o que ausente de mi mismo me descubro
 cuando espero, perdido y dolorido
 el azúcar conyugal que hay en tu lengua,
 la rosa sideral que hay en tu pelo.*

Luis Franco

EL GENIO GAUCHO

En la medida en que el perfil de una cosa es más llamativo, tiende a ocultar el fondo. Lo que hay de pintoresco en el gaucho, llama tanto la atención, que su profundidad queda sin verse.

Los veedores criollos notarán su gracia somera y sus fallas fundamentales.

Los forasteros notarán algo más, pero no todo.

Una cosa puede decirse sin miedo: la mayor generosidad de la pampa no está en haber engendrado incansablemente oleadas de pastos y ganados, sino en haber engendrado esa vida gaucha tan completa y libre. En efecto, en su bronca sencillez, la pampa educa para la vida completa. Ella exige a cada hombre el bastarse a sí mismo en cada una de las distintas situaciones que le ofrece; el jugar enteras, aquí y allá, su inventiva, su energía y su paciencia. Domador, cazador, pastor, esgrimista, cuRANDERO, topógrafo, talabartero, cocinero, veterinario, meteorólogo, poeta, músico: el gaucho es artesano universal, y a su modo, un sabio profundo.

Su vida de andanzas y riesgos desarrolla al extremo las condiciones indispensables para afrontarla: sagacidad, sangre fría y experiencia de los hombres. ¿Cómo no ha de tenerlas el que desde sus primeros años está hecho a trajinar solo, de día y de noche, desafiando hambre e intemperie, esa pampa tan misteriosa y veleidosa como el mar, que tiene, cuando menos se espera, tamañas salidas de tono: la desorientación, la sed, el indio, la rodada, el tigre, el bandolero?

A sí mismo se ha ido formando el gaucho, por fuera y por dentro, labrando pieza a pieza su carácter. Dueño de sí mismo, pues, digamos, un hombre libre, cabal por esto, no porque la huella y el galope estén a la mano y los mandones lejos. (Junto a él, máquina autónoma y completa, el hombre de ciudad o aldea apenas es rueda o tornillo). De ahí la holgada generosidad de su índole: hospitalidad y bravura, comedimiento y altivez. Seguro de sí mismo, no desconfía de los otros; de eso le viene su don de simpatía.

Mas, sobre eso de la incuria y la vagancia gauchas, es preciso andar despacio, para no marrar. Insistimos sobre los dos aspectos de un hecho fundamental y de consecuencias enormes: los patronos que viven generalmente en la ciudad lejana, son los dueños de esos feudos mugientes—algunos grandes como un país—llamados estancias; las tierras que el gaucho pisa, son ajenas, pues, y haga él lo que haga no puede convertirse en propietario. Ahora bien, como latifundismo es, dondequiera que se presente, sinónimo de despoblación y disasociación, ocurre que el privilegio patronal en el reparto de la tierra común es lo que, como ya se dijo, condiciona trágicamente el aislamiento, la dejadez y el nomadismo del gaucho. Esto es claro como el alba. No se diga, pues, que el gaucho no tuvo apego al rancho y sus cosas, sólo porque llevaba el demonio de la andanza adentro, sino, mejor, que el no poder asentarse en tierra propia y su rancho con él, lo empuja en gran parte a la incuria y la vagancia, que, por otro lado, la tierra sin cotos ni cultivos fomenta.

Debe consignarse, a propósito, una serie de hechos mal vistos u olvidados. El estanciero, o su representante, es de hecho en sus dominios señor de horca y cuchillo, y pernada. En la estancia sólo se ocupa el trabajo esclavo, o se lo prefiere en todo momento por su extrema baratura. El gaucho es, pues, casi siempre un desocupado forzoso; lo mejor que puede esperar es ganar un jornal misérrimo; lo más frecuente, que lo dejen vivir por gracia, de arrimado, empleándolo en cualquier cosa. "Todas estas

estancias reza un informe oficial, están llenas de gauchos sin ningún salario; porque en lugar de tener todos los peones que necesitan, los ricos sólo conservan capataces y esclavos, y esta gente gaucha está a la mira de las avenidas de la sierra o para las faenas clandestinas de cueros".

Así es: el gaucho errante, es decir, no enyugado, sólo encuentra ocupación en la gran época de las hierras, pasada la cual, vuelve a su vida de soledad y de vagancia obligadas, de cuatrerismo forzoso—puesto que no encuentra asilo ni trabajo en las tierras de la civilización—o se refugia entre los indios. La revolución y el comercio libre, con la supresión del contrabando y sus operosos afanes como consecuencia, agravan la desocupación del gauchaje. (¡El problema del paro obrero, pues, a comienzos del siglo XIX, en la pampa!) "Es uno de tantos crímenes del terrateniente argentino: haber mantenido en la abyección, sumido en la miseria moral, cooperado en la ruina definitiva de una raza bella, viril, inteligente y con serias cualidades de carácter". (Juan A. García).

Tenemos, pues, que no sólo por nativa dignidad, sino por una necesidad de hierro, para salvar su cuerpo y su alma, el gaucho debe ir a la rebelión—es lo que cantará el Martín Fierro—, pues, si no, está perdido—, es lo que llorará Valerio Cuevas en el inmortal relato de Hudson.

Dos circunstancias, pues, hacen del verdadero gaucho un hombre libre: su poco o ningún contacto con los patronos, que hubiera envilecido forzosamente su carácter; su facilidad para remediar sus parcas necesidades por cuenta propia, sin alquilar sus manos o su persona. El gaucho genuinamente independiente, es decir, no descreestado por la estancia, la montonera o la leva, es uno de los más nobles caracteres que puedan hallarse en no importa qué clima social.

Puede sostenerse sin miedo que en un cotejo sensato, vale decir, con sus pares: los proletarios rurales o no de países más adelantados que el suyo, el gaucho nunca sale perdiendo. Comen-

zando por lo esencial: aquéllos tienen—salvo las excepciones individuales del caso—almas encorvadas de siervo, mientras el gaucho de ley, ya lo dijimos, es señor de sí y todavía sin la onerosa mengua de asentar su señorío sobre las espaldas de otros. Pasemos por alto su fuerza y su baquía físicas, ponderadas con justicia, pero sí recordando que ellas se ejercen, ante todo, en busca de conocimiento y dominio perfecto de su medio. Y no olvidemos tampoco ese formidable aguante a toda fatiga, que envidiara el mayor Head, y su aptitud, como ya se vió, para toda labor de campo, pues, pesè a todos los errores y mentiras convencionales, el gaucho, así que lo dejan asentarse un poco y que siente la necesidad y la ventaja del trabajo, es un obrero firme y cumplido. Martín Fierro no ha de olvidarlo:

Sé dirigir la mansera
y también echar un pial.
Sé correr en un rodeo;
trabajar en un corral.
Me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

En cuanto a la fama de su crueldad, es preciso ponerla en balanzas nuevas.

Uno de los espectáculos de más hirsuta barbarie es el desjaretamiento, a cuchillo o guadaña, en pleno campo, de las reses a faenar para el negocio de corambre; pero es sistema aconsejado por la conveniencia del acopiador: "dieciocho o veinte hombres solos postran en una hora siete u ochocientos animales". Referido al jinete solitario, es un recurso forzoso y único seguro en un campo sin árboles que puedan servir de postes.

En cuanto al caballo, es muy verdad que el gaucho se excede en el uso del galope y de la espuela. Pero en la pampa no es prudente viajar de noche, y de día no hay sombras, esto es, a menudo el sol pesa en tal forma sobre la espalda del jinete que

se ve obligado a buscar alivio en la ventilación del galope, y sin espuela no hay galope sostenido. Aplastado y chorreando sudor y sangre llega el caballo a su destino, mas su constitución férrea, el clima salubre y el asueto largo lo restauran a poco trecho.

Que el gaucho es muy cuchillero, lo sabemos, mas sólo hiere adrede de gravedad o de muerte para salvar su libertad o su vida, es decir, cuando "le va en la parada el número uno". ¿Es de asustarse que oponga la violencia a la violencia del comisario o la leva, el fierro al fierro? En los demás casos, a menos de estar ebrio, se conforma con herir levemente; pelea por lucir el dominio de sus nervios y su cuchillo, es decir, por fruición de la fama. Se alegrará la crueldad del mazorquero y aún del montonero; sí, pero ella será vicio adquirido a la fuerza, bajo la presión de una influencia inatajable: la de los dueños de la riqueza y el mando, es decir, de los caudillos.

Reiteradamente se tildará al gaucho de antisocial y aún de inadaptable a la civilización. Con esta respuesta sobra: *el gaucho odia al blanco y la patria del blanco, porque ella sólo lo admite como siervo, como odia la patria del indio, porque su horizonte está por debajo de su alma.*

La historia y la crónica guardarán un pacato silencio sobre las características más entrañadas de la vida argentina. Se hablará de generales y ejércitos, pero no habrá una palabra o alusión reveladora sobre qué hombres componían esas tropas y de qué modo entraban en ellas y cómo y por qué peleaban, y qué recogieron de todo ello. Olvidarán decir, pues, que la casi totalidad de esas huestes estará integrada: 1.º por libertos, es decir, por hombres trasegados de la esclavitud doméstica a la esclavitud militar más o menos vitalicia también y más dura; y 2.º por vagos, esto es paisanos que no podrán presentar boleta de conchavo, que venían a ser todos los gauchos, menos los pocos peones enfeudados a los amos estancieros.

Así, pues, la carne de cañón de las luchas emancipadoras, se-

rá carne de esclavos; y cuando se hable de enganchados voluntarios, sabremos que serán tan voluntarios como los obreros transformados por el hambre en galeotes de los ricachos de hoy.

Como no tiene el cansancio y las ilusiones dañinas que acarrean las civilizaciones pues todas, hasta hoy, se erigieron sobre la servidumbre y la falsía—, ejerce con alma clara el comercio de la naturaleza, encariñándose entrañablemente, aunque sin saberlo casi, y sin llegar al pavor ni la idolatría. “Señor—dirá un gaucho al naturalista Muñiz después de alabar a fondo la lindeza, la gracia y la salud de los campos—: en ojos, naides ha visto mágicas ni cosas malas”. Pero en seguida es el demiurgo que empujó las tribus a las ciudades y las hizo desbordar sobre el mundo, es el eterno espíritu de las civilizaciones, el que habla misteriosamente por su boca, ponderando la terrible mengua de la soledad salvaje, hasta homologar los hechizos del campo a los de las sirenas: “El atrae al hombre, lo encanta y lo aque-rencia, pero al fin se lo come”.

No nos extrañará esto en demasía si recordamos qué juego profundo tienen la sensibilidad y el ejercicio estético en la evolución de la cultura, y que todo gaucho es músico y cantor, y el payador es en la pampa, como en Grecia o Arabia, un héroe; no nos extrañará que los gauchos sean, o puedan ser, buenos conductores de la civilización. “Son civiles y pulidos—dirá el inglés Proctor—en grado muy superior al que se encuentra en la clase baja de la educada ciudad europea”. Y Darwin: “Los gauchos o campesinos son muy superiores a los habitantes de la ciudad”.

Sólo es preciso agregar, para precisar esa excelencia, que si bien todos los gauchos viven y hacen lo mismo y hablan el mismo lenguaje en esa pampa que se parece incansablemente a sí propia, cada gaucho se distingue vigorosamente, casi siempre, de los otros. Eso se llama personalidad, esto es, la gracia más poderosa del hombre libre.

Hernán Gómez

APRENDIZAJE CAMPERO

Una de las épocas mejores de mi juventud—tenía entonces veinte años—fué la que pasé en el Paracao, a cuatro leguas de Paraná, en un campo de monte bravo, limitado al oeste por el río.

Era todavía propiedad de mi padre, y se hallaba a cargo de un capataz, Gabriel Vergara, quién vivía, junto con un hermano, de nombre Gregorio, en el único rancho existente en aquel sitio.

Yo no había vuelto al campo desde que tenía ocho años, en que un día mi padre me llevó a pasear. De aquella excursión había conservado como recuerdo más vivo el de una enorme yarará que encontramos mientras paseábamos por la orilla del río. Alguién había levantado allí grandes conos de juncos secos, separados unos de otros por una distancia apenas mayor de un metro, y la yarará extendía su imponente cinta entre dos de ellos, cortándonos el paso. Mi padre, que era un excelente tirador con revólver, trató de matarla a tiros, pero no pudo conseguirlo. La leve ondulación que la víbora puede imprimir a su cuerpo parece suficiente defensa contra un ataque semejante, y aunque hay tiradores que matan del primer tiro a esta clase de animales, acertarles no deja de ser una pequeña hazaña. Mi padre, por lo pronto, no la realizó, y me envió hasta el rancho en procura de una caña o un palo con que matar la yarará. La misión fué cumplida a costa de un gran desgaste nervioso, pues el rancho quedaba bastante lejos. Volaba yo, más que corría, por encima de los espartillos que podían disimular otras terribles

yararás. Mi alivio al llegar al rancho fué enorme. Luego, volví más confiado, detrás del peón portador de la caña. Cuando alcanzamos el punto donde nos esperaba mi padre, la yarará se había ganado bajo uno de los conos. Para hacerla salir, se le prendió fuego a los juncos. Mientras mi padre arrimaba un fósforo a la armazón, otra víbora, ahuyentada por el fuego, le pasó en veloz huída sobre la mano. Tres o cuatro serpientes más, de distintos tamaños, abandonaron el refugio, corridas por las llamas. La de más largo aguante fué la yarará. Salió del cono tratando de eludirnos. Pero, descubierta, recibió un golpe de caña en mitad del cuerpo. Se enrolló violentamente y, erguida la cabeza, nos amenazó abriendo su boca, como si quisiera asaetearnos con la lengua. Al peón, de miedo, se le cayó la caña de la mano, y recuerdo como si lo viera que se fué agachando despacito hasta recogerla. Parecía hipnotizado por la yarará, pero una vez que hubo empuñado de nuevo su arma—mortífera para las víboras—le costó poco terminar con el animal que había quedado quebrado del primer golpe. Luego, levantó el cuerpo en la caña y lo llevó hasta el rancho, donde lo echó cerca del fuego, “a ver si le salían patas”, pues decía haber oído que a las víboras recién muertas, si se las arrima al fuego, les ocurre aquella especie de metamorfosis.

Se trataba, indudablemente, de alguna supervivencia de la leyenda de la salamandra, adulterada en sucesivas transmisiones. Cosas igualmente asombrosas se escuchan, con frecuencia, en boca de los paisanos. La Edad Media, de pronto, desciende hasta ellos, a través de siglos y océanos. Pero, el retorno a las modalidades habituales es inmediato, y la ráfaga de otras épocas que pasa por su conversación se desvanece sin que sea posible provocarla para averiguar su procedencia.

Que a la yarará no le crecieran extremidades por la acción de las llamas sólo a mí, entre los presentes, pudo causarme desilusión, pues todos sabían, por experiencia, que a la víbora no hay que buscarle las patas. Pero yo conservé del pretendido experi-

mento una fuerte impresión. La imagen de la yarará—viva, en su fiereza, y muerta, con aire de milagro—quedó fiel en mi memoria.

Después, de doce años, la tenía tan presente que al descender del sulky de Vergara, frente al rancho, lo hice con instintivo recelo. Las cenizas de la serpiente, luego de dispersarse, quien sabe cuántas transformaciones habrían sufrido. Más su imagen proteica aún ondulaba o se retorció, como verdosa lengua de fuego. No era la misma yarará la que me aguardaba en el campo, aunque sí su imagen multiplicada. Y aquella noche apenas pude dormir, con el temor de que las víboras se deslizaran hasta mi catre y me paralizaran con su helado contacto.

Habíamos llegado al caer la tarde. En seguida de desatar el caballo, el hermano de Vergara cebó mate en el galpón que quedaba al lado del rancho y que servía a la vez de cocina y de dormitorio de los peones.

El rancho, que me hicieron ver con sencilla cortesía, era miserable y sucio, dividido en dos por unos cueros colocados a modo de cortinas. En uno de los lados estaba el catre de don Goyo, único lujo de la vivienda: las patas y los travesaños de rústica madera, y en lugar de lona, un cuero. Su dueño me lo cedió con perfecto sentido de la hospitalidad, pero yo hice lo que pude por demorar la hora de acostarme, lleno de delicadezas de pueblera.

Mientras tomábamos mate, empezaron a llegar del monte los hacheros. En primer término, aparecieron Teófilo chico y Antonio, los dos hijos de Teófilo Juárez, un domador que había estado antes a cargo del campo y que vivía por ese entonces en otro, situado sobre el camino de Paraná al Paracao. Hacía mucho que no trabajaba para mi padre, pero había mandado a sus muchachos a ganar unos pesos en el monte.

Antonio tendría unos veinte años. Moreno, de ojos sesgados y vivos, de cuerpo alto y recio, era ya un hombre hecho y derecho, acostumbrado a todas las faenas, por pesadas que fuesen. Pero era también un gauchito colmado de picardía, que no des-

perdiciaba ocasión de gastarle una broma a quien se pusiese a tiro. En esto, Teófilo chico no se quedaba atrás. Más pequeño y blanco que su hermano, tenía unos ojos extrañamente claros, e irradiaba una gran simpatía.

El tercer hachero se llamaba Pedro. Flaco, alto y quemado, tenía un aspecto de rama retorcida. La echaba de guitarrero, y a poco de llegar, no pudo resistir la tentación de lucirse. Tocaba bastante mal, sus conocimientos musicales eran rudimentarios, y, además, sus dedos, endurecidos por el hacha, no obedecían a su oído. Pero el asunto empeoró cuando se puso a cantar, pues, la letra de las canciones que sabía era pueril o confusa, y siempre mal aprendida, de manera que si la música sola ya era intolerable, la música y el canto al unísono incitaban a huir del sitio. Los oyentes, sin embargo, festejaban entusiastamente al cantor que era incansable y poseedor de un vasto repertorio; por lo que yo tuve que soportar estoicamente hasta el final la improvisada función que se interrumpió a la hora de comer.

Así comenzó mi breve aprendizaje de la vida del campo, donde todo es aparentemente simple, pero donde, en realidad, hay multitud de cosas que aprender, día a día, algunas de ellas sumamente difíciles, no pudiendo arribarse a su conocimiento adecuado si no mediante poderosos esfuerzos de la voluntad.

El primer obstáculo serio se me presentó al querer comer, pues, debía hacerlo con la sola ayuda de las manos y de un cuchillo, y evitando que se rieran de mí. Me dió mucho fastidio mi impotencia para desenvolverme con naturalidad, porque a causa de mi juventud tenía un amor propio exagerado. Y de rabia, me acordé de Fierro; lo que operó la gracia de serenarme.

*Aquí no valen doctores.
Sólo vale la experiencia.
Aquí verán su inocencia
esos que todo lo saben,
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.*

Entonces, como medida defensiva, para no hacer un mal papel de entrada por mi inhabilidad, me puse a recitar distintos pasajes del poema, que sabía de memoria: las escenas del cantón, el incidente entre Fierro y el "pa-po-litano", las peleas con el negro y con el amigo del "comendante".

De oídas, conocían ellos algo de "Martín Fierro". Para empezar, no dudaban de la autenticidad de su existencia. Pero, pronto dejaron de hacerse los entendidos, para escuchar con atención que crecía por momentos.

El relato, fragmentario a través de mi memoria, les causaba una emoción hondísima, y ya dueño del auditorio, yo mismo me abandoné una vez más al vigoroso encanto de esa poesía varonil, tan sanamente alegre a ratos, y que en sus instantes dolorosos alcanza a llorar, pero conteniendo el sollozo.

Mi éxito fué rotundo, y la velada se prolongó más de la cuenta. A su término, se había sellado mi amistad con aquellas rudas gentes, de corazón sencillo; y me fuí a dormir pensando en el enorme poder que tienen los poetas cuando saben sacar los motivos de su canto de los afanes que mueven a sus semejantes.

Pero el aprendizaje sólo había empezado e iba a ser duro, como el catre que me esperaba. Don Goyo ya lo había aliñado, a su modo, y se aprestaba a acostarse, como su hermano, sobre su recado. Buenos gauchos, los Vergara se acomodaban en cualquier parte. Gabriel, el capataz, alto, flaco y muy blanco, tenía una cara rosada y unos ojos azules que le prestaban extraño aspecto de extranjero vestido de paisano. Era bastante comunicativo, pero daba la impresión de que siempre se reservaba algo. Gregorio, a su turno, se lo reservaba todo. El hábito de vivir en el campo, solo, en la exclusiva compañía de caballos y perros, le había vuelto callado. Economizaba las palabras; había que sacárselas con tirabuzón, lo que no le impedía ser atento y aún mantener una conversación si uno, mano a mano, le ponía en ese trance. Entonces, solía decir interesantes cosas, dignas

de su calidad de hombre serio, de varón experimentado, de manera que lejos de ser "un callado", simplemente, era más bien "uno que calla". Su edad era indefinible, aunque debía haber doblado el cabo de la cuarentena; mas su cabello castaño, sin muchas canas, sus ojos, también castaños, y la elasticidad de todos sus movimientos, le conservaban un cierto tono de juventud.

Cuando hablaba, le costaba mirar a su interlocutor, y tanto por ésto como por su "mudez", me sentí en el primer momento prevenido en su contra. Sufría en su presencia esa especie de malestar que se padece cuando uno sabe que no es persona grata en un sitio. Y mi prevención aumentó al día siguiente por un desagradable suceso que me chocó profundamente y que me pareció confirmatorio de su supuesta mala índole y circunstancial ojeriza por causa de mi llegada.

Volvía su hermano Gabriel de un chacra vecina, manejando un carro de ruso, y los perros le recibieron ladrando, como de costumbre. Mientras desataba los caballos, una pequeña perra overa, preferida de don Goyo se había encarnizado en la tarea. Pretendía morderles las patas, y ponía nerviosos a los animales que no se dejaban desatar. Gregorio Vergara alzó entonces del suelo un ladrillo, y luego de tomar puntería durante dos o tres minutos, pues la perrita, en su furia, no se estaba quieta, le acertó en la cabeza. El proyectil la derribó como fulminada. Había sido arrojado con tanta violencia, que abrió una gran herida sobre el ojo derecho de la perra, la que, escapando de un nuevo ataque, se arrastró, aullando, en dirección al monte. Allí estuvo, escondida, varios días, acontecimiento sin duda extraordinario en la vida de un perro que no alcanzaría a entender por qué su amo había procedido de repente en esa forma para corregir, arbitraria y brutalmente, su conducta cotidiana. Don Goyo, más taciturno que nunca, en seguida de otorgarse ese desahogo se dedicó a cortar unos tientos, y se ensimismó en su labor como para que le dejaran solo. Pero, al rato, enderezó pa-

ra el monte, no volviendo hasta muy avanzada la siesta. En los días que siguieron, tenía un semblante impenetrable, mas cuando el animal apareció una mañana en la puerta del galpón, con humilde actitud de súplica, al hombre se le iluminaron los ojos, y le fué evidentemente dulce volver a acariciar la herida cabeza de su esclava.

Ante tal espectáculo, del que fuí único testigo, empecé a comprender el alma de ese superviviente de una raza extinguida. Porque Gregorio Vergara, entre todos los que vivían en el Paracao, era el único "gaucho", individualista hasta el extremo de haberse resistido a formar una familia, a tener amigos, a reconocer patronos. Vivía allí, como lo había hecho antes en muchos otros lugares, porque se le permitía estar, sin que alguien se metiera en sus asuntos. Tenía sus caballos y sus perros, y para ganarse unos pesos con qué comer, vestirse, comprar tabaco de mascar y cigarrillos, confeccionaba lazos, rebenques, riendas, o aceptaba algunas changas que no le significasen dependencia. La menor intromisión de Gabriel en su vida, el solo amago de una imposición, le hubiesen determinado a alejarse. Y es lo que estuvo por hacer cuando yo llegué al campo, pero no porque le hubiese sido antipático, si no por la razón fundamental de que casi toda coexistencia inmediata le era insoportable. Lo establecí más tarde, atando cabos, a partir de su comportamiento en los días iniciales de mi estada en el rancho, pues su actitud sufrió una gran modificación desde el momento en que vió que yo no trataba de perturbar su existencia, de que no era más que un muchacho sin ánimo de molestarle en lo más mínimo, ni de obligarle a cambio alguno en sus modalidades.

Mas por cierto, que la primera noche debí parecerle un compañero indeseable porque, con muy mala educación de ciudadano, me indigné en voz alta a raíz de una situación que en la obscuridad del rancho, agravada por la terrible dureza del catre, se me antojó reñida con mi decoro. No teniendo, así, en cuenta la hospitalidad que se me había brindado, empecé a irritarme

sordamente por un chistido periódico que me impedía dormir y que me hacía pensar, cada vez con mayor miedo, en las víboras; hasta que no pude aguantar y expresé mi disgusto, en la creencia de que era objeto de una broma de mala ley por parte de los Vergara. Mi vergüenza no tuvo límites cuando oí a don Goyo que decía a su hermano, en voz baja, y sorprendida, de persona que acaba de despertar: "Deben ser esos lechuzones que están llamando a la madre". Pero, ya el barro no tenía remedio, y debí escuchar, colorado en medio de la tinieblas, cómo los dos hermanos se levantaban para llevar hasta un horno que quedaba junto al rancho, unos cuantos pichones que Gregorio Vergara había sustraído ese día a la vigilancia materna.

A la larga, pasó la vergüenza y llegó el sueño, pero fué agitado, pues el catre tenía un travesaño a la altura de mis riñones, que me quebraba literalmente en dos. Dormí, a pesar de todo, y me desperté al aclarar, bajo la influencia de una pesadilla. La yará había crecido desmesuradamente, hasta adquirir el tamaño de una boa constrictora, y había logrado entrar en el rancho. Estaba allí, aplastándome con su inmenso cuerpo, y yo me iba a entregar, indefenso, a su venganza. Pero, en mi desesperación, cobré impulso y me enderecé de golpe, estirando los brazos para apartar de mí al inmundo enemigo. Dos perros saltaron del catre, asustados por mi brusco despertar. Y, no obstante, las pulgas que me dejaron, agradecí al destino que hubiesen sido ellos los culpables de mi angustia.

Enrique Espinoza

EL DIARIO, LA REVISTA, EL LIBRO

Una dilatada experiencia como periodista, escritor y editor me induce a fijar aquí algunas conclusiones sobre las tres etapas más frecuentes en el proceso de la difusión literaria: el periódico, la revista, el libro.

No entraré a establecer mayores diferencias entre las páginas que caracterizan el pensamiento de un diario responsable, la norma de una revista autorizada o el arte de un libro singular. A veces una misma idea puede hallar su primera forma incipiente en el diario, ser desarrollada luego, con más detención, en la revista, y alcanzar, por último, la plenitud del libro.

Hay en la literatura de todos los países numerosos ejemplos al respecto. Un simple artículo ha engendrado en ocasiones un extenso ensayo, antes de convertirse en una obra definitiva, pasando así gradualmente por el diario, la revista y el libro. También más de una novela célebre ha salido de un cuento extraordinario que al principio sólo fué una estampa periodística o un mero cuadro de costumbres.

Pero sin ir a lo excepcional, todo autor conoce a lo largo de su carrera las tres etapas mencionadas cuando realmente lo anima un seguro afán artístico y una clara conciencia de lo que no vale la pena llevar de una a otra etapa. *Determinatio est negatio* constituye la sabia ley del filósofo.

El escritor que se ve obligado a ganarse la vida en un diario, aunque sea colaborando desde su casa y bajo su firma, siempre se muestra insatisfecho de su labor por diversas causas. Es un axioma que los periódicos han malogrado a muchos talentos. Sin embargo, el periodis-

mo no deja de tener sus ventajas para el autor que se apasiona con la historia viva de su tiempo y anhela participar en la transformación de la sociedad en que vive sin salirse de su oficio. Por lo pronto, el diario impone una disciplina que agiliza el estilo y prende alas al pensamiento que pugna por abrirse camino. El verdadero creador no ha desdenado nunca el periodismo como vehículo inicial y la tradición americana más válida es una prueba a mano de lo que digo. En la Argentina y Chile, Sarmiento y Alberdi, Lastarria y Vicuña Mackenna fueron periodistas a la par que escritores.

Claro, que con la decadencia del liberalismo en el postrer estadio capitalista, los periódicos que animaron las mejores plumas del siglo XIX se convirtieron en empresas industriales. De ahí el anonimato de la prensa moderna y la utilización de las firmas más cotizadas por el público sólo como un lujo en los días de fiesta.

Contra este falso concepto que no advierten ya los periodistas sometidos a la tiranía de los grandes avisadores o a la de sus políticos a sueldo, deben rebelarse los escritores genuinos, mas no para ponerse a su vez *al servicio* de un Jefe infalible o de un régimen cualquiera que los proteja oficialmente.

"No tiene nada de agradable prestar servicios de esclavo ni aún a favor de la libertad",—decía el joven Marx en una carta a su amigo Ruge al poco tiempo de haber escrito su famosa sentencia sobre la censura en *La Gaceta del Rin* (1).

Recuerdo el ímpetu y la truculencia con que muchos compañeros de mi generación irrumpieron contra la anterior porque detenía ciertas prebendas subalternas en los grandes diarios de Buenos Aires. La risa y el desprecio, el epitafio y la parodia todo parecía

(1) "¿Acaso es libre la prensa degradada a industria? Es innegable que el escritor tiene que ganar con el trabajo de su pluma para poder vivir y escribir; pero jamás vivir y escribir para ganar... La primera libertad de la prensa consiste en no ser una industria. Al escritor que la prostituye convirtiéndola en medio material, le está bien empleada como castigo a esa esclavitud interior, la esclavitud exterior de la censura o por mejor decir, ya su propia existencia es su castigo".

poco a los recién llegados para condenar el extravío de sus predecesores en el lugar común del periodismo mercantil.

Pero después de algunos años de lucha intrascendente, estos *enfants terribles* que se creían matreros y desertores como Martín Fierro, acabaron por reemplazar a aquéllos despreciados literatos en los mismos bajos menesteres venidos aún a menos. Y hoy hasta se jactan de aparecer periódicamente con versos y prosas circunstanciales al pie de las ilustraciones de primera plana con motivo de Navidad y Año Nuevo, Carnaval y Pascuas, además de las grandes fechas patrióticas.

No sé de ninguno cuya opinión personal ejerza la más mínima influencia sobre la del público. En cambio, me consta que la mayoría de los antiguos inconformistas ha descendido al lenguaje de la canalla con el fin de halagar a la clientela que paga. Era por otra parte inevitable que así sucediera, pues el auténtico periodismo es otra cosa que la función del correveidile más o menos disfrazado, apto para el elogio de los "macheteros de la muerte" en la guerra del Chaco o la exaltación de una candidatura presidencial "antifascista" en México.

Justamente para escapar al diario mercantilizado, el escritor que tiene por meta el libro, prefiere la revista, entendiendo por tal no la ilustrada y populachera que sólo se diferencia del periódico en lo externo, sino la que hacen con gran esfuerzo sus propios colegas más libres, constituídos en cooperativas, fundaciones o núcleos más o menos afines, ligados a veces a una editorial común.

Desde luego, dichos grupos intelectuales son minúsculos en todas partes y aun donde parecen relativamente fuertes como en Nueva York, sólo publican dos o tres revistas de índole más política que literaria, aunque con suficiente autonomía. En general, hasta en las ciudades más literaturizadas de Europa los escritores nunca controlaron mayor número de publicaciones con verdadero prestigio y autoridad. Entre nosotros, ni siquiera eso, porque no hay a la fecha un órgano realmente representativo de la literatura hispanoame-

ricana, ni puede haberlo. Lo que permite poner en duda la tan careada unidad, como efectivamente, lo ha hecho un venerable crítico de Colombia.

Junto con mi primer asomo a las letras argentinas he intentado animar algo mucho más modesto que fuera la expresión genuina de un determinado sector intelectual. Después de veinte años apenas puedo decir que lo he conseguido a medias. Y es que una revista que va contra la corriente, de ideas distintas a las de la mayor parte de los propios escritores, demanda muchísimos sacrificios, sobre todo, a su director, que no puede limitarse a publicar lo que buenamente le llevan, sino que debe arrancar a sus colaboradores más próximos lo mejor que llevan en sí para encajarlo dentro del plan por él encauzado y puesto en práctica.

Una revista intelectual digna de este nombre se justifica en primer término por lo que promueve su director con el tino y la experiencia del primer violín de una orquesta de cámara: más interesado en el ajuste armonioso de la obra extraña que en el propio lucimiento.

En nuestra época el director ideal de una revista literaria suele ser no sólo aquél que con verdadero sentido de la realidad agrupa en forma espontánea los instrumentos indispensables, sino también aquél que teniendo en cuenta los prejuicios más en boga renuncia a realizarse en forma individual. Antes que el nombre bajo el que una idea se manifiesta le importa la idea misma, cuando de veras se siente identificado con ella en su conjunto.

A propósito de una revista de escritores que proyectaba en París su querida Luisa Colet, Flaubert expone su opinión sobre los riesgos de semejante iniciativa en una de las mejores cartas que le dirige. Entre otras cosas muy personales y sensatas apunta el creador de "Bouvard et Pécuchet":

Directeur d'une revue devrait être la place l'un patriarche.

El logro mediano a que aludí hace un instante puede atribuirse pues asimismo al hecho de que yo soy aún lejos de serlo, a pesar de mi origen... Mas confieso que no pierdo la esperanza.

Entre tanto, es cuestión de no echarse atrás por ningún motivo y persistir en el empeño, porque una revista literaria es la antesala indispensable del libro y representa cuando menos, una dirección del espíritu humano.

Quizá la falta de buenas revistas literarias explica entre nosotros el exceso de malos libros. Nuestros autores se pasan de pródigos y ofrecen repetidas veces en volumen, como frutos incorruptibles de su ingenio, versos y prosas que se habrían descompuesto a sus propios ojos en las páginas de una revista exigente.

El público ignora con razón la mayor parte de los llamados libros nacionales y de nada sirven las quejas contra su indiferencia y su escaso patriotismo cuando prefiere las obras extranjeras más perdurables.

Creo que ha llegado la hora de preguntarnos honradamente ¿qué es un libro "nacional"? y ver cuál responde dentro del inmenso número así designado al concepto que sugiere un "Facundo", por ejemplo, que nunca se acaba de reeditar, lo mismo que el "Martín Fierro"; y una que otra obra más.

Obras así constituyen un verdadero tesoro dentro de una literatura no sólo desde el punto de vista espiritual. Recuerdo que Lugones solía decirme: "Cuando los libros argentinos sean tan buenos como el trigo y la carne de nuestro país, encontrarán de seguro igual demanda en todas partes".

Es preciso reconocer que tenemos muchos volúmenes y muy pocos libros. Hay autores de veinte títulos que no poseen ninguno efectivamente digno de aquel nombre. Lo que al fin y al cabo no debe asombrarnos. ¿De cuántos grandes poetas queda vivo más de un libro? Es una lección que nadie tiene derecho a olvidar.

La prueba de la revista no significa desde luego un remedio para nuestro voluminoso superávit. Pero estoy seguro de que si los concursos literarios oficiales admitieran originales inéditos o trabajos publicados en revistas, disminuiría, con la vanidad de los autores, el número de los libros, que muchas veces no tienen otra razón

de ser que la disputa de unos premios. Al mismo tiempo, aumentarían poco a poco las revistas intelectuales (1), agrupándose los escritores por sus afinidades desinteresadas, como intérpretes de las distintas corrientes del pensamiento contemporáneo.

El libro que pasa por las páginas de una revista representativa, profundizando su índole, adquiere siempre un significado más amplio del que lleva en sí. Para no salirme de mi propia experiencia recordaré el caso de "Radiografía de la Pampa", el magnífico libro de nuestro compañero, Ezequiel Martínez Estrada. BABEL ha sido bajo distintos nombres, su laboratorio. Rara es la obra ensayística que no lo necesita. Aun la novela en los países donde alcanza verdadero esplendor, recurre a la revista correspondiente a su categoría. Y es que el libro, como toda criatura bien dotada, precisa ejercitar su fuerza entre los suyos, antes de aventurarse por el mundo ancho y ajeno.

La publicación de tanto volumen endeble desacredita el libro a los ojos del público. El autor que como el ventrílocuo, sólo hace hablar en su interior a un muñeco ataviado según el modelo tradicional de su país, no puede ir muy lejos. Por eso clama contra el idioma, los editores, la falta de propaganda, etc.; pero el mal está en otra parte. Si nuestros libros fueran siempre lo que debieran ser, de seguro los editores no le escatimarían propaganda ni el idioma español sería óbice para que fueran traducidos. La verdad es que nuestros volúmenes en prosa y verso muchas veces sólo tienen de libro la apariencia.

El académico André Maurois le preguntó una vez a Eugène Dabit, saliendo del *Hotel du Nord*, sobre la lectura de los hombres y mujeres que allí alojaban y que Dabit conocía de primera mano. Sus abuelos leían a Hugo y Michelet... —le respondió el joven novelista ya desaparecido—. A nosotros no nos leen, ni a us-

(1) Si una cuarta parte no más de las bibliotecas importantes de los países de nuestro idioma se suscribieren a dichas revistas bastaría para asegurarles una vida sin límites.

ted, ni a mí. Pero la culpa es nuestra. Nosotros no escribimos "Los Miserables".

Ahora bien, es posible atribuir cualquier cosa a Maurois, menos demagogia porque siempre se ha sentido *at home* entre los ingleses snobs.

El libro para todos no es siempre el libro mejor; pero si el libro mejor llega, tarde o temprano, a ser el libro de todos directa o indirectamente. También dentro de la literatura rige la ley dialéctica sobre la mutación de la cantidad en calidad. Goethe aseguraba que no valía la pena escribir si no era para millones. Por su parte, nuestro inolvidable Antonio Machado exclamaba en cierta ocasión por boca de su maestro Juan de Mairena: ¡Escribir para el pueblo qué más quisiera yo!, razonando luego su ocurrencia así:

"Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que será la más consciente y suprema aspiración del poeta".

Preparar este noble advenimiento es tal vez la misión más alta que puede arrogarse un núcleo intelectual sin miedo al caos y a la confusión de las lenguas.

Me consta que una pequeña revista literaria es capaz de contagiar con su fervor desinteresado a más de un gran diario indiferente.

Permítaseme añadir, como último ejemplo, la reconquista hispanoamericana de Guillermo Enrique Hudson, el formidable autor de "La tierra, purpúrea", de quien tenemos todavía tanto que aprender. Nada, sin duda, más a propósito para demostrar que la relación estudiada entre el libro, la revista y el diario no varía en un ápice cuando con el tiempo se invierten los factores.

El libro ha precedido después de todo históricamente al diario y la revista y continúa siendo desiderátum de toda creación auténtica.

Héctor Raurich

ALTERNATIVA HISTÓRICA

(Mejor que en ninguna otra época, puede hablarse en la nuestra, de la existencia del Mundo. Su realidad como un todo, cuyas partes no pueden subsistir aisladamente, es el resultado grandioso de la historia moderna. La idea de un destino singular reservado a una nación o a un continente, en mérito a causas raciales, religiosas o pseudoespirituales, como fué el caso del mesianismo ruso prerevolucionario; del panasiatismo; o de la variopinta de credos americanistas, desde el hispano al indo, es una utopía que ha servido y continuará sirviendo a fines reaccionarios. La división mundial del trabajo y el intercambio económico y cultural correspondientes, han creado una íntima interdependencia entre todos los países. Ni material ni espiritualmente, son hoy posibles una existencia y un destino, nacionales, aislados, independientes del resto del mundo. La doctrina de la autarquía nacional o la del socialismo en un solo país —mementos polares de la ideología nacionalista, en los que revive el concepto fichteano del estado nacional cerrado—son refutadas diariamente por la política de sus propios devotos. Es tan imposible reducir el capitalismo a límites nacionales, como edificar el socialismo en esos mismos límites. En cuanto forma política-económica, la Nación, ha sido trascendida; y lo ha sido, por obra de las mismas fuerzas que le dieron origen. El capitalismo creó la forma nacional del estado en su lucha contra el particularismo feudal, que era a la sazón, el impedimento más poderoso para el libre desarrollo de las fuerzas productivas y de la civilización en su conjunto. Pero muy pronto sus propias necesidades, le impulsaron a rebasar los límites territoriales de los estados nacionales, para constituir los

BABEL

imperios. Hoy suscita la guerra entre aquéllos, para mantener a éstos. Vivimos en la época mundial de los imperios, y no en la época de la naciones autónomas. Creer lo contrario, no es ¡ay!, un simple error de geografía política; es un error político y ético, un yerro espiritual, que afectará necesariamente la conducta y la suerte de los individuos y de los pueblos. Los de América, tenemos sin duda razones sobradas para no incurrir en él.

Participamos en la civilización, en la medida estricta en que compartimos la cultura creada por Europa. No hay otra, histórica, lógicamente y mundialmente válida. Somos espiritualmente europeos porque Europa es la forma históricamente necesaria del mundo. Somos espiritualmente americanos en tanto no nos alzamos a la historia mundial, en cuánto no pertenecemos a la edad que vivimos, en cuánto somos atrasados, provincianos, reaccionarios; en cuánto no somos. Esto no significa, que ante la hipótesis, no probable, si bien posible, de una decadencia europea, seríamos fatalmente arrastrados en la caída; pero sí que tendríamos que hacer frente a la decadencia trabajando dentro de las formas de la cultura europea. Fuera de estas formas no hay progreso posible. Aun para superarlas es preciso asimilarlas orgánica y críticamente, y promover el nuevo ciclo de cultura desde el interior de la antigua. Ahora bien, lo que se halla en juego en Europa, y en grado vario en todo el mundo, es precisamente esta forma de cultura. La guerra pasada como la actual, son las expresiones más agudas de esta crisis, que es por su naturaleza y por su alcance una crisis mundial. Lo que se discute es nuestra propia existencia, la existencia de la civilización. El problema europeo es nuestro problema; la realidad europea una parte entrañable de nuestra realidad: dado que el mundo del hombre es uno y su destino, único, aunque lleve diversos nombres y se encienda bajo cielos diversos. ¿Cómo podríamos pues, ser indiferentes ante esta realidad? Desentendernos de ella significa desentendernos de nuestra propia vida, renunciar al espíritu, laborar por la decadencia. En nuestra carácter de hombres, de americanos, de argentinos y de escritores, debemos asumir una actitud terminante y clara.

Sería, no obstante, una falta imperdonable, confundir la necesidad de adoptar una posición ante el caos europeo, con la de tomar partido a favor de uno de los bandos combatientes. La guerra actual es únicamente la consecuencia extrema del caos europeo, y las causas de este caos operan de uno y otro lado de las fronteras enemigas.

El régimen democrático no es una fuerza independiente; su valor es relativo, su existencia precaria, y su destino se halla inevitablemente vinculado a los métodos y a los fines imperialistas. La democracia burguesa sirve en definitiva a fines capitalistas.

En el campo opuesto, sucede lo propio. El fascismo es también escudero de su imperio. Hitler vocifera acerca del espacio vital y lo mismo que Mussolini, se presenta como un adalid de las naciones "proletarias" (sic); pero en verdad, lo que pretende es invertir las posiciones, imponiendo a sus adversarios un Tratado de Versalles alemán.

Son dos imperialismos que se enfrentan: he ahí la premisa fundamental que hay que tener en cuenta, para una justa caracterización de esta guerra. Ella traduce al lenguaje de las armas, la anarquía del mundo capitalista. La antítesis: democracia-fascismo, es una falsa antítesis. Para aniquilar el fascismo es menester suprimir su causa: el capitalismo imperialista. Y que yo sepa, ningún imperialismo, por democrático que se titule, acometerá tal empresa. La verdadera alternativa histórica es otra: decadencia o socialismo.

La evolución de las fuerzas productivas, se ve hoy obstada, por una doble contradicción, de la que dimanar en última instancia los desarreglos de nuestro tiempo. El carácter social y mundial del proceso de producción encuentra una traba a su desarrollo progresivo, en la forma privada capitalista de la propiedad, por una parte, y en la organización nacional imperialista de la economía, por otra. Únicamente el socialismo puede, socializando los instrumentos de producción y de cambio, y organizando las fuerzas productivas, sobre un plano cooperativo y mundial, abolir, estas contradicciones,

y con ellas los antagonismos entre las clases y los pueblos; realizar la unidad del mundo, y liberar al hombre de sus limitaciones actuales. Es, además, la sola vía para crear los supuestos sociales de una democracia real. Pero esto no se conseguirá colaborando con uno u otro imperialismo, sino promoviendo una revolución contra todos los imperialismos. Tal es la tarea que esta guerra propone e impone a todos los pueblos de la tierra.

Nuestra neutralidad, es más que nada aparente. No hemos entrado militarmente en la guerra: eso es todo. Pero la guerra no sólo es militar. Se hace también con la economía, y nadie ignora la magnitud de nuestra servidumbre bajo este aspecto,—sobre todo en relación a Inglaterra,—ni la obsecuencia de nuestra política oficial, a los intereses del capitalismo extranjero. Somos aliados de hecho. En fin, nuestra posible intervención militar, no está completamente descartada. Pero intervengamos o no militarmente, la guerra ejercerá sobre nosotros influencias múltiples que nos afectarán profundamente. A mi juicio, confluirán en su conjunto, para plantearnos apremiantemente el dilema que hoy se debate en Europa, pero que como hemos visto es el dilema del mundo presente. Política, económica y espiritualmente la única salida histórica progresiva, es también para la Argentina y para América toda, la revolución socialista. En todos nuestros países la oposición a la guerra es una fase en la lucha por el rescate de la soberanía. La actual contienda nos brinda una ocasión propicia para aguzar y encauzar, la conciencia y la acción antiimperialistas que despuntan por doquier. Comencemos por esto: Quizá los acontecimientos nos deparen más adelante responsabilidades muchos más graves. Si los pueblos de Europa no llegan a estar a la altura de su tarea, América vendrá a ser la vanguardia mundial de todas las fuerzas en lucha contra la decadencia. Preparémonos pues, para el más alto destino, que aunque no sobrevenga, la idea de su mera posibilidad, nos permitirá cumplir mejor el más modesto que tal vez nos toque en suerte.

Morton Dauwen Zabel

UN POETA EN EL CAPITOLIO

Cuando un hombre aparece ante el público convencido de su misión de salvador como Mr. Archibald MacLeish; cuando apela a sus contemporáneos en términos de hiriente provocación y les reprocha su cinismo como americanos y su irresponsabilidad como pensadores, preguntamos, naturalmente, por sus credenciales. Nos detenemos (especialmente en esta época de tensión intelectual, de violencia emotiva y de terrorismo público) en la consistencia de sus argumentos, en su carrera de ciudadano y de pensador, y en su capacidad de ser sincero y lógico. Nuestro tiempo es rico en conversaciones políticas y espirituales. Está lleno de directivas bélicas. Hemos visto toda la variedad concebible de cambios instantáneos, de volteretas en el trapezio, de saltos en el vacío. Todo a causa de que los teóricos de nuevas verdades y revelaciones son menos analizados en una época inestable. Verdad que por su parte, Mr. MacLeish tampoco estimula este análisis: "Mi desenvolvimiento como poeta no me interesa y supongo que aún interesa menos a cualquier otro"—dijo hace siete años. Pero, como se le hizo notar entonces, su declaración tenía más optimismo que candor.

Con todo, si Mr. MacLeish insiste, no nos referiremos a su poesía, cuyo "testimonio, propósito y creencia" depende necesariamente de la sutileza y complejidad del medio poético. Nos limitaremos, más bien, a la expresión que goza de las ventajas de lo directo e inequívoco—a su prosa. Allí esperamos encontrar pruebas de responsabilidad no envueltas en la difícil agonía de la experiencia poética. Mr. MacLeish admite al respecto un traspie en los años de la postguerra. "No me dedicaré a juzgar a estos escritores. No tengo el derecho de hacerlo. Y si lo hiciera, mis manos estarían atadas, porque yo he sentido como ellos y escribí hasta donde era capaz como ellos escribían".

Tal vez sea natural para todos nosotros que examinando nuestra conciencia miremos en la carrera de Mr. MacLeish para ver hasta

donde nuestra conducta como pensadores y ciudadanos puede moldearse en la suya, y hasta donde podemos hacernos cargo de su juicio como índice del alto celo y devoción por los valores americanos que personifica ante el país.

Empezamos por ver su actitud hacia la poesía en la referencia a su propio desenvolvimiento. En los últimos cinco años ha sido además, un expositor de *public speech* para poetas, y no hace mucho, manifestó un desprecio sin límites por la poesía que pasa por "pura".

En su opinión, el poeta "puede aproximar el pensamiento de su país a la comprensión de su voluntad, aproximarle asimismo a una visión del mundo en la cual sea capaz de creer y donde su creencia adquiera significado". Barrunta que "el lujo de la confesión completa, la desesperación más profunda, la duda más remota, deben ser negadas a los escritores que no vivan en una época muy ordenada y estable". Proclama que "la irresponsabilidad del escritor no es menor" que la del erudito cuando es indulgente consigo mismo.

Mr. MacLeish no se detiene a explicar donde encuentra precisamente entre los grandes artistas del mundo un desentendimiento tan abyecto de los valores. En verdad, menciona con frecuencia la palabra *valores* sin decirnos nunca lo que quiere significarnos con esta palabra. Sin embargo, en 1928 no más, descargaba su sarcasmo sobre los críticos que insistían en que la literatura establecía justamente esas conexiones entre los valores estéticos y prácticos, entre el arte y la acción, la justicia y la salvación humana, por las que aboga ahora. Entonces argüía en favor de "la mera poesía, de la poesía hecha de poesía, poesía sin sexo, sin afectación, sin gracia, poesía sin la sentimentalidad que pasa entre nosotros por ironía, poesía sin marbete de ingenio".

Mr. MacLeish tenía hace diez años dos espantajos que aún conserva. Uno era la crítica literaria, ya sea de los *couturier critics* (cuya "tarea es precisamente exponer una tras otra las modas literarias más nuevas y exhibirlas para aleccionar a un auditorio sin más ambición artística que no admirar nunca algo que no debe ser admirado; y con un temor canino de caer en ello") o de "los numerosos imitadores de la crítica de Mr. Elliot, los estériles pedantuelos" que determinan una "corriente de didacticismo y pomposidad de la que no es posible siquiera reirse" y que está gravitando en "todas las revsitas serias del país" con "un peso de finalidad intelectualista estéril bajo el cual la poesía, si los poetas tuvieran la costumbre de tomar en serio las resenciones, habría muerto hace mucho".

El otro espantajo era *the social cant*. En 1933 se refería burlo-

namente a "la boga del materialismo marxista y los fuertes y serios ataques de los marxistas, a todos aquello no mencionado en los textos del Papa Marx" que han "puesto a la poesía en una posición no menos peligrosa que ridícula". El crítico social, argüía, "funda su caso en ciertas hipótesis industriales" relacionando los cambios producidos en la mundo "en una dirección dada por la mecanización de la industria", pero la "justificación de su creencia" no ha sido jamás establecida por la "razón buena y suficiente... Nadie, ingeniero, cientista, filósofo o crítico literario ha logrado hasta ahora descubrir lo que se llama industrialismo moderno".

Con todo, cinco años después de escribir estas palabras, en 1937, Mr. MacLeish aparecía como presidente del Congreso nacional de escritores americanos, una organización reconocidamente dominada por la influencia stalinista, a tal punto que a partir del pacto de Hitler-Stalin, en 1939, la mayoría de sus miembros, desde Thomas Mann abajo, se vieron obligados a renunciar a causa de la presión rusa y del Partido Comunista. En aquella oportunidad Mr. MacLeish exhortó a los escritores reunidos (inclusive a los poetas) a considerar "el surgimiento del poder fascista y el éxito de su agresión como un asunto de la más trascendental importancia". Lejos de celebrar las virtudes del aislamiento poético en tal crisis o de vedar estrictamente a los poetas mezclarse en las maniobras, o de asegurarles que nada podía ser peor para ellos que ponerse a tono o de sugerirles la duda sobre la justicia de llevar armas, denunció redondamente "a los hipócritas, cínicos y frívolos que no quieren comprender lo que está sucediendo en España". Arremetió contra los liberales y escépticos que invocaban la integridad personal "para atacar no sólo la inteligencia sino la integridad de aquéllos que sin ser comunistas lo parecen, porque están en activa posición frente al ataque fascista".

Instó a sus auditores para que hicieran la guerra a la amenaza fascista: "aquéllos que luchan contra el fascismo no fomentan la guerra por la sencilla razón de que la guerra está fomentada. La guerra ya está hecha. No es una guerra preliminar. No es un conflicto local. La guerra, la guerra actual... España no es una alegoría política".

El Congreso de escritores dió ocasión a Mr. MacLeish para su primer ensayo en tenida de etiqueta, del papel que desempeña actualmente en Washington. Allí empezó a tomar como excusa la crisis actual para no inquirir las causas que trajeron el fascismo al mundo de la postguerra, o el valor de aquellas "declaraciones y

propósitos por los que combatió en la guerra de 1914 a 1918" y que fueron en parte responsables de las condiciones que han cebado al fascismo. Mr. MacLeish nunca está de humor para esta clase de pesquisas.

No bien se las recuerda, huye a una región de confuso asombro, de santurronería y de conjeturas. Y con él se lleva su verba. Además, el escepticismo crítico produce "esa desconfianza no sólo de los rótulos, no sólo de las consignas, sino también de las palabras mismas", llegando así a la conclusión de "que no sólo la guerra y sus consecuencias, sino que todas las consecuencias, todas las consecuencias morales son falsas—fraudulentas—y pretenden engañar".

Sin embargo, cuando *The Modern Monthly* realizó una encuesta sobre la guerra, en junio de 1935, el mismo Mr. MacLeish expresó un escepticismo que deja poco que desear acerca de todas las guerras, aún aquellas guerras contra "males mayores que la guerra".

Toda la historia de las guerras de liberación, de las revoluciones violentas—y hasta de la deshonrosa guerra imperialista—prueba que hay condiciones reales o imaginarias insoportables para los hombres, que prefieren o son inducidos a preferir las miserias de la guerra. Mas el peligro de un programa antiguerrero fundado sobre tal premisa por fuerte que sea históricamente, resulta obvio. Con todo, es precisamente a estas emociones humanas tan profundas que se dirige siempre la maquinaria de la propaganda en época de guerra... de cualquier guerra. La última guerra contra Alemania, se recordará que fué para preservar la democracia. La próxima guerra contra Alemania podrá muy bien ser para... librar al mundo del nazismo. En vísperas de guerra el periódico realista y escéptico no es leído: los diarios corean el grito común: la maquinaria de la propaganda levanta el polvo que quiere. Si un número suficiente de personas cree que cierto tipo de guerra se justifica, entonces el Departamento de Guerra trabajará por esa clase de guerra, en la prensa. La clase de guerra que han sostenido en verdad los hombres lo descubrirán sólo algunos años después.

Tras esta ducha preliminar contra la histeria guerrera que producen las crisis militares, Mr. MacLeish responde al cuestionario. A la segunda y tercera preguntas: (*¿Se modificará su decisión acerca de lo que corresponde a América si la Unión Soviética es aliada de los Estados Unidos en una guerra contra el Japón? Y ¿una posible victoria de Hitler sobre la mayor parte de los pueblos de Europa le haría a Ud. urgir la entrada de los Estados Unidos contra Alemania para detener una catástrofe?*) contesta: "Mis respuestas serán No". Y "en cuanto a la primera pregunta (*¿Qué hará Ud. si América va a la guerra?*), dice lo siguiente: "haré todo lo que esté en mi poder para impedir que Estados Unidos vaya a la guerra en ninguna circunstancia. Hay una sola actitud posible contra la amenaza del

militarismo: absoluta hostilidad. Cualquiera otra es romántica. Cualquiera otra proporciona las fuerzas para la anhelada guerra con los medios de obtenerla”.

Estas respuestas fueron dadas en 1935, mientras Italia preparaba su invasión a Etiopía, unos cuantos meses después del rearmamento del Rhin por Hitler, a un año de la conferencia de Mussolini en Venecia y una año antes del estallido de esas hostilidades en España que Mr. MacLeish aceptó como “nuestra guerra”. Finalmente, dos años antes de su primer ataque a los “irresponsables”, al dirigir en la sociedad Phi Beta Kapa de Columbia las siguientes palabras:

*O scholars schooled upon the books:
O skillful readers of the page:
Rise from your labor now! Enlist
For warfare in this fighting age!*

*I say the guns are in your house:
I say there is no room for flight:
Arise O scholars from your peace!
Arise! Enlist! Take arms and fight!*

El coraje y la muerte del heroísmo embaucado parece convertirse ahora en una justificación de los mismos embaucadores y en un reproche a los “seres civilizados” que dicen saber cuán drásticamente los muertos y los vivos fueron aniquilados.

El año 1935 lo encontró denunciando la “maquinaria de la propaganda” que atentaba contra las “más profundas emociones humanas... en tiempos de guerra... de cualquier guerra”, defendiendo “el periódico realista y escéptico” al declarar una “hostilidad absoluta” contra la “amenaza del militarismo” y prometer que haría “todo lo que está en mi poder para impedir que los Estados Unidos vayan a la guerra en ninguna circunstancia”. Quizá el trapicio de Mr. MacLeish nunca sirvió con más brillo que durante sus asombrosas volteretas en torno de este tema único.

Sería igualmente entretenido seguir sus acrobacias en otros asuntos; pero el espacio lo impide. Sus variaciones sobre gustos literarios y personalidades son instructivos. En 1928 durante una de sus acometidas contra la crítica señaló a Edmund Wilson como un ejemplo notable de ineptitud, cuyos distingos sólo servían para hacer “calamidades nacionales” de sus propias desgracias; pero en 1934 denuncia a los líderes del movimiento revolucionario de América,

aquellos “escritores y periodistas en su mayor parte terroristas intelectuales que, se apoderan del concepto que destruye más efectivamente” y abogan por una causa “concebida, dada a luz y criada en la negación, cuyo impulso es el odio”, exceptuando aquí graciosamente a Edmund Wilson y colocándolo entre aquellos que “están libres del odio por la pureza integral de su pensamiento”. John Dos Passos es también exceptuado porque estaba “movido por una generosa pasión de justicia, tan profunda como el instinto animal”, aunque en 1940 lo alinea junto a “los hombres honestos, escritores de gran maestría, llenos de integridad y devoción”, y que, sin embargo, han escrito “palabras que han producido frutos amargos y peligrosos” y que “han hecho más por desarmar a la democracia frente al fascismo que cualquier otra influencia”.

Es imposible tratar de superar las declaraciones de Mr. MacLeish enfrentadas año a año; muchas veces ni siquiera es posible aclarar las contradicciones o ambigüedades dentro de un mismo ensayo. Pero no hay cómo equivocarse en cuanto a la tendencia general de sus testimonios, conversiones y volteretas morales durante los últimos veinte años. Críticos poco benévolos han sugerido que constituye el primer ejemplo de *irresponsable* literario “convencido de que es capaz de elegir su manera de ser como el traje de circunstancias de un bien surtido guardarropa”, y que “no hay nadie tan *smart* como Archie MacLeish, cuando se trata de saber cómo hablar por boca de ganso y caer en un buen empleo, desprendiéndose del furgón”. Pero tal vez haya una explicación más exacta para su caso, una explicación que lo eleva a sintoma de la condición espiritual de nuestro tiempo, convirtiendo su influencia personal—poderosa hoy por el puesto oficial que ocupa en Washington—en un índice notable de la fiebre que ha de llevar al país a la guerra más rápidamente que cualquier otro medio.

Los libros

SPINOZA DE CARL GEBHARDT

Quizá sobre ningún otro filósofo se ha escrito tanto en lo que va de nuestro siglo. Hace justamente veinte años el autor de este libro fundó en La Haya en compañía de Harold Hoffding, León Brunschwig y otros pensadores europeos la *Societas Spinozana* que celebró en 1927 muy dignamente el 250 aniversario de la muerte de Spinoza, adquiriendo su casa de Paviljoensgracht para convertirla en Biblioteca, archivo y museo de los numerosos estudios espinozistas, entre los que se destacaban desde mucho antes los que había emprendido en torno a las obras del filósofo precisamente el profesor Gebhardt.

La biografía que ahora aparece ya con carácter póstumo en nuestro idioma gracias al empeño inteligente de nuestro amigo Oscar Cohan, es en verdad una síntesis extraordinaria de todas las investigaciones realizadas por Carl Gebhardt a propósito de la filosofía de Spinoza. Recordamos entre otras su contribución histórica al problema del barroco en un ensayo aparecido en la "Revista de Occidente" bajo el título de Rembrandt y Spinoza, además, de sus minuciosos prólogos a la obra completa del filósofo en el idioma de Goethe, ni qué decir el menos próximo al de Spinoza. Porque según el mismo Gebhardt en uno de tales prólogos, éste fué el de Cervantes.

Vale la pena recoger literalmente su juicio para mayor precisión. He lo aquí:

"Creo que al conocedor de la lengua española no se le escapará sin duda cuál es el genio del estilo de esta obra. (Tratado de la reforma del entendimiento). Románica era la lengua materna de Spinoza y el escrito del cual ha nacido este Tratado estaba en español. Por algo había leído las novelas ejemplares de Cervantes en vez de leer a Vondel y Catz"...

Nadie, pues, más autorizado que el profesor Gebhardt, holandés de origen judío, como Spinoza, para llevar a cabo escrupulosamente

BABEL

esta síntesis biográfica del filósofo solitario de Rijnsburg. Mientras no se produzca directamente en nuestro idioma una igual o superior—lo que sin ser imposible ha de tardar quien sabe cuántos años—esta biografía de Carl Gebhardt será desde cualquier punto de vista la más válida. Ante todo, porque su autor ha seguido en su propia vida el ejemplo del filósofo y también su principio de "hablar según la capacidad de comprensión de la gente". Nuestro amigo Oscar Cohan presta un verdadero servicio a la cultura hispanoparlante con su traducción esmerada y fiel de esta pequeña obra maestra. Releyéndola después de haber asistido en gran parte a su elaboración, no hemos podido menos que asociar en nuestra mente el nombre del Dr. Cohan al de aquel otro médico llamado Simón de Vries, uno de los primeros y más desinteresados amigos de Spinoza entre los colegiantes. No deja de ser un consuelo en los días oscuros que vivimos pensar que a tres siglos de aquellas amistades históricas el filósofo de la *Ética* y del *Tratado teológico-político* vuelve a encontrar como entonces nuevos amigos y admiradores. La edición de esta biografía en Buenos Aires indica que empieza a tenerlos entre nosotros. Ojalá no tarden ya en aparecer en nuestro idioma las obras de Spinoza que aún permanecen inéditas, desde el *Tratado sobre la reforma del entendimiento* hasta el *Epistolario*.

El libro del profesor Gebhardt es entre tanto la mejor introducción al conocimiento de la obra y de la vida de Spinoza. En sus 170 páginas escasas el lector estudioso hallará una imagen algo distinta a la estereotipada del "trágico judío español" que Unamuno contribuyó a confundir.

El profesor Gebhardt destruye en pocas líneas la *fable convenue* que se ha venido repitiendo hasta ahora. El nos enseña en forma convincente por qué no hay que sentimentalizar la vida de Spinoza. "Su vida—dice—fué una vida heroica como la de aquél que pone toda su existencia en un solo fin". Así prefiere representárnoslo de acuerdo con aquel autorretrato en que el filósofo aparece con la indumentaria de Masaniello, explicándonos de paso que para el siglo XVII aquél napolitano no era un héroe de ópera, sino el genio de la revolución.

Spinoza tenía en mucho el renombre de político que gozaba por su estrecha amistad con el Jefe del Estado holandés, Juan de Witt, quien comprendió muy bien al filósofo y fué asimismo un mártir de sus ideas. Leibniz ha contado como Spinoza recibió la noticia del asesinato de su amigo arriesgando la vida en una proclama que empezaba con las palabras tantas veces repetidas: *Ultimi barbarorum*.

Al estudiar la figura del que escribió estas palabras tan actuales: "Si ha de llamarse paz a la barbarie, esclavitud y miseria del Estado gobernado tiránicamente, entonces no hay nada más despreciable para los hombres que la paz", el profesor Gebhardt, después de asegurar que lo que distingue a Spinoza de todos los filósofos es que no sólo ha enseñado su filosofía, sino que la vivió. ("Su vida es la demostración de su filosofía"), añade:

"Para nosotros Spinoza ya no es como para los románticos, el santo alejado del mundo,—espejo amable en que se contempla a sí mismo el universo—; santo quizá, pero de esos que están armados para todas las luchas del mundo y que descansan apoyados en su espada".

Por último, el autor, que insiste sobre la importancia de los conocimientos médicos de Spinoza, señala todavía una serie de anticipaciones del filósofo respecto a Freud así como otros las señalaron respecto a Marx, para concluir que en realidad, libertad y necesidad eran coincidentes en su doctrina.

Sólo nos parece discutible según las propias palabras de Spinoza en la cita que hace de su *Apología para justificar una ruptura con la Sinagoga*, la conclusión adversa que saca Gebhardt para el filósofo en este caso. La extrema animosidad que revela el atentado a mano armada de que estuvo a punto de ser víctima el joven Spinoza, contradice tal punto de vista.

Por nuestra parte, estamos más dispuestos a aceptar la versión de Max Scheler. Ella coincide en lo religioso con la de Santayana en lo político, cuando éste dice "que fué llamado en su tiempo maquiavélico, no obstante, estar libre de todo viso tiránico hasta el punto de que hoy podría llamarse nietzscheano".

Mas con una etiqueta u otra, la verdad es que el filósofo de la *Ética* se nos aparece en este libro del profesor Gebhardt como un precursor de la unidad que tan afanosamente buscan ciertos pensadores actuales. Oigamos una vez más al propio biógrafo:

"Si en su tiempo Spinoza constituye por su destino un caso singular, en el nuestro su problema se plantea a muchísimos hombres. Y como Spinoza no sólo profesó una solución, sino que la vivió, su caso resulta ejemplar para nuestra época".

A fuer de profundamente espinociano el libro del profesor Gebhardt es también aleccionador por su estilo conciso y lapidario en contraste con el de tantas biografías abultadas y noveleras de personajes insignificantes, aunque harto prosopopéyicos.

E. E.

"GOETHE, LA LEY DE SU VIDA"

El aporte de los intelectuales alemanes que se han visto obligados a salir de su país con el advenimiento de la barbarie hitlerista, empieza a dejarse sentir en nuestra cultura. Desde Bogotá nos llega este pequeño volumen correspondiente al epígrafe que firma el profesor Gerhard Masur y que está avalorado con traducciones de Guillermo Valencia, además, de un preciso prólogo de nuestro amigo, don Baldomero Sanín Cano.

Ahora bien, este pequeño devocionario de apenas 250 páginas, es sin duda, el estudio más serio, concienzudo y cabal que se ha intentado entre nosotros sobre el hombre más representativo de la verdadera Alemania. Porque urge decirlo, aunque el profesor Masur ha concebido dicha obra en su cátedra de Berlín, y al parecer con motivo del centenario de la muerte de Goethe, ella fué escrita finalmente en su totalidad en nuestro idioma y en forma de veras admirable.

Este libro del profesor Masur, por su extraordinaria capacidad de síntesis, "tiene—como bien dice Sanín Cano—para Colombia y para toda la América española un valor altísimo de iniciación y de cultura".

Admitido esto antes de insistir sobre las excelencias del volumen todas de tal calidad que saltan a la vista con sólo hojearlo, nos permitiremos fundar algunos ligeros reparos dentro de los límites escuetos que permite una mera nota bibliográfica.

Desde luego, la primera objeción es de carácter político, no sólo por su primacía categórica en nuestro tiempo, sino también porque el profesor Masur dedica el capítulo más extenso de su libro a las relaciones del gran poeta con Napoleón.

Como es sabido, la influencia de Spinoza fué mucho mayor en la vida de Goethe y más profunda. La página escasa que el profesor Masur consagra a señalarla tiene que ser a la postre insuficiente.

En un discurso pronunciado por Max Scheler en Amsterdam por invitación de la *Societas Spinozana* y que nosotros publicamos en Buenos Aires, dicha influencia aparece señalada en gran parte desde el "Werther" hasta el "Prometeo" pasando por la "Filina".

Aprovechando la coincidencia del primer centenario de la muerte de Goethe con el tercero del nacimiento de Spinoza nosotros registramos asimismo en una glosa recogida en nuestro libro "Trinchera" la importancia que Goethe había concedido siempre al filósofo.

sofo solitario, hasta el grado de planear un poema sobre el "Judío Eterno" a quién llamaba: "mi maestro y señor" y cuya correspondencia consideraba: "el más interesante libro que puede leerse en el mundo como ejemplo de sinceridad y de amor a los hombres".

Por tanto, nos hubiera gustado que el profesor Masur rastreada más detenidamente la huella de la "Ética" y del "Tratado teológico-político" en la obra de Goethe. Sobre el famoso encuentro del poeta con Napoleón en Erfurt se ha escrito demasiado y la mayoría de las veces sin bastante interés artístico. La traducción genial que Nietzsche hizo de la célebre frase del Emperador: *Vous êtes un boname, monsieur Goethe* en el sentido de que el corso "esperaba encontrarse con un alemán y se encontró con un hombre", continúa siendo la más válida.

En general, nos parece que el profesor Masur atribuye a Goethe un concepto político demasiado estrecho, indigno de un discípulo de Spinoza. Las citas que acumula de paso, tanto de Barrés y Jacques Bainville como de Houston Chamberlain y Spengler, revelan una preocupación erudita ajena a la idea que Goethe tenía de la cultura y de la política.

Por otra parte, la mención incompleta de sus palabras a Eckerman en la página 201 traiciona el pensamiento del gran poeta alemán sobre la Revolución Francesa. (En el N.º 4 de BABEL transcribimos sobre este punto un artículo de Kurt Kersten que no deja lugar a dudas). Por no hacerse cargo de más de una página de Heine acerca de Napoleón se acostumbra también a presentarnos al autor de los "Cuadros de Viaje" como un incondicional del Emperador. Basta leer la página sobre el campo de Marengo en el último volumen para comprobar el peligro que entraña citar en forma trunca o incompleta.

Pero lo que realmente echamos de menos en el meritorio trabajo del profesor Masur es un análisis del conjunto de las ideas estéticas de Goethe. A lo largo del libro, ellas aparecen aquí y allá admirablemente enunciadas a través de sus distintas obras; pero no se indica ninguna página que las resuma y quizá podemos encontrarla en el prólogo inolvidable que Goethe escribiera para "El Sobrino de Rameau". La curiosa pérdida del libro de Diderot en su idioma original y su conservación durante muchos años gracias al texto alemán, constituye en verdad un símbolo para las relaciones franco-germanas que Goethe y Heine ahondaron más allá del alcance napoleónico.

La excesiva importancia que el profesor Masur concede al Em-

perador en su libro no llega por suerte a desequilibrarlo, porque aún en este capítulo se encuentran observaciones generales muy felices sobre el conjunto de la obra de Goethe.

En resumen, se trata como dijimos al comienzo, de un libro extraordinariamente sólido, bien trabado y admirablemente escrito, con numerosas traducciones poéticas entre las que sobresalen quizá por encajar mejor dentro de la índole de nuestro idioma, los tercetos al cráneo de Schiller, acuñados por Guillermo Valencia. También es notable la versión del "Canto del espíritu sobre las aguas" por Otto de Greiff, a quien se deben otras versiones en el mismo libro.

Pero nada es capaz de dar una idea aproximada de la importancia que tiene para nosotros el retrato exacto del gran poeta como las palabras finales del profesor Masur, entre las que destacamos las siguientes:

"Goethe se impone a nuestro tiempo como modelo por su vida y como ejemplo por su obra. No hay otra figura en el panteón del espíritu moderno que una tanta vitalidad con tanta sabiduría, tanta profundidad con tanta serenidad; cuya poesía abarque los abismos y las alturas celestiales a la vez, cuyos conocimientos engloben todas las regiones del saber humano y cuya humanidad tenga una energía y una pureza excepcionales".

E. E.

EL PENSAMIENTO VIVO DE MARX

Es sin duda uno de los dos o tres volúmenes mejor prologados de la brillantísima colección norteamericana, *The Living Thoughts Library*, que comenzó a publicarse simultáneamente en más de diez países y que ahora, a causa de la nueva guerra mundial, sólo aparece en Nueva York y Buenos Aires.

El cotejo de la teoría de Marx con el experimento capitalista más poderoso de nuestro tiempo, permite al autor de la "presentación", que no es otro que León Trotsky, mostrar en grandiosa escala la vigencia del diagnóstico formulado en Inglaterra hace alrededor de cien años. En este sentido, el enfoque norteamericano del prólogo, lejos de ocultar como en el caso del Montaigne de André Gide, su alcance original, lo destaca particularmente.

Por lo demás, desde ninguna otra ciudad del mundo, fuera de Nueva York, podría lanzarse hoy un estudio tan agudo de la eco-

nomía capitalista. Allá un historiador de la talla de Charles A. Beard no teme ocuparse públicamente de la correspondencia de Lenin, mientras que entre nosotros cualquier profesorcillo de universidad provinciana finge un desdén compasivo por el "genio asiático". Don José Ortega y Gasset no encuentra nada más elegante que referirse con igual gracia que al "bigotudo Nietzsche", al "barbón de Marx" en una serie de artículos historiológicos... Y hasta un sabio auténtico como Nicolai, después de una larga residencia en esta tierra, escribe todo un libro sobre la dialéctica marxista sin tomarse el trabajo de leer a Trotsky, a quien parece apreciar sin embargo.

Es justo, pues, suponer que sólo gracias a la iniciativa del editor neoyorquino, debemos este magistral prólogo de Trotsky en la "Biblioteca del Pensamiento Vivo" de Buenos Aires, a pesar de todas las suficiencias locales. Pero el marxismo "populista" hoy en boga impone por doquier algo enteramente opuesto al verdadero espíritu de Marx. Trotsky lo sabía mejor que nadie. De ahí que en otro prólogo al libro de Harold R. Isaacs, *The Tragedy of the Chinese Revolution*, desgraciadamente no traducido aún a nuestro idioma, dejara dicho al principio no más:

"En estrecha conexión con la degeneración del estado soviético, el marxismo ha pasado en los últimos quince años por un período de decadencia y de rebajamiento sin precedentes. De instrumento de análisis y de crítica, se ha convertido en instrumento de apología barata. En vez de analizar los hechos, se ocupa de seleccionar sofismas en interés de sus exaltados clientes".

El estudio reivindicatorio de Trotsky, emprendido justamente cuando aquéllos clientes eran presa de una verdadera fiebre de exaltación por la democracia burguesa que más contribuyó a la ruina del pueblo español con el mantenimiento del embargo a las armas necesarias para vencer al fascismo, muestra en forma meridiana la profunda contradicción del régimen allá imperante.

Provisto del método elaborado por Marx en el Museo Británico, Trotsky, sin acceso a la Biblioteca del Congreso de Washington que dirige el arrogante poeta MacLeish, no deja de utilizar como su maestro numerosos documentos oficiales del gobierno norteamericano para poner en evidencia la base deleznable sobre la que se asienta la inmensa riqueza de unas pocas familias privilegiadas.

En verdad, dentro de la misma colección del Pensamiento Vivo un poeta tan ecuánime como Edgar Lee Masters, confirma la exactitud del esquema trazado por Trotsky. Primero, cuando asevera

estudiando a Emerson que "leer sus poemas y ensayos es advertir que deploraba las condiciones de su época, es decir, desde 1830 hasta el final de su vida de pensador, que llevaron a los Estados Unidos a ser como son hoy día, esto es, a no mostrar diferencia alguna con la imperial Gran Bretaña, con sus colonias y sus arrebatadas y su ejercicio de la policía en todas las islas en provecho de su comercio y de sus capitales". Segundo, cuando al término del citado estudio, insiste, a modo de fuga, que "Emerson puede ayudarnos a olvidar las maquinaciones de los comerciantes que nos han puesto en las garras de los monopolios y han reducido al pueblo a pedir limosna y a todo el país a la angustia y la pobreza".

La diferencia está en que mientras Lee Masters, desesperado, induce a sus paisanos a cerrar los ojos ante la realidad inmediata, para sumergirlos en un remoto ensueño, Trotsky, más filósofo, prefiere abrirselos muy bien mediante la revisión de las causas que llevaron a la República del dólar a su actual estado lamentable y anti-poético.

Recordando no sin asombro, una declaración del Secretario del Interior de los Estados Unidos, Mr. Harold L. Ickes: "América, la tierra de la mayoría fué dirigida, por lo menos hasta 1933 (!) por los monopolios, que a su vez son dirigidos por un pequeño número de [grandes] accionistas", Trotsky encuentra exacta la diagnosis "excepción de que con el advenimiento de Roosevelt ha cesado o se ha debilitado el gobierno del monopolio". Lo que Ickes considera —dice Trotsky— "una de las más extrañas anomalías de la historia" es en realidad la norma incuestionable del capitalismo.

El mismo Trotsky lo confirma anteriormente citando en una nota al pie del texto el famoso libro sobre las Sesenta Familias del escritor norteamericano Ferdinand Lundberg, a quien por su equidad didáctica juzga más bien un economista conservador. Y en seguida, no puede menos que preguntarle a Mr. Ickes cómo se las arreglaron los *Borbones* para subyugar a todos los industriales y hombres de negocios cultos, a pesar de la democracia y de los esfuerzos de las más grandes figuras históricas.

"La carencia de un pasado feudal, la riqueza de recursos naturales, un pueblo enérgico y emprendedor, todos los pre-requisitos que auguraban un desarrollo ininterrumpido de la democracia, han traído como consecuencia una concentración fantástica de la riqueza" —sostiene Trotsky, agregando:

"Los Rockefeller, los Morgan, los Mellon, los Vanderblit, los Guggenheim, los Ford y compañía no invadieron a los Estados

Unidos desde afuera, como Cortés invadió a México; nacieron orgánicamente del pueblo, o más precisamente de las clases de los *industriales y hombres de negocios cultos*, y se convirtieron de acuerdo con el pronóstico de Marx, en el apogeo natural del capitalismo”.

El actual Vicepresidente de la Unión, Mr. Henry A. Wallace, imputa a Trotsky “una estrechez dogmática que es agriamente antiamericana” y contrapone al “dogmatismo ruso” (¿por qué no alemán?) “el espíritu oportunista de Jefferson”. Trotsky conoce demasiado la tendencia chauvinista a repudiar una teoría sin el menor asomo de crítica por el mero pretexto de que no es americana. “¿Pero donde puede encontrarse el criterio diferenciador?” —pregunta.

“El cristianismo—recuerda—fué importado en los Estados Unidos juntamente con los logaritmos, la poesía de Shakespeare, las nociones de los derechos del hombre y del ciudadano y otros productos no sin importancia del espíritu humano”. El marxismo se halla hoy para él en la misma categoría.

“Salvo la presencia de Wallace,—insiste Trotsky rematando de buen humor su ingeniosa salida—América se ha desarrollado no de acuerdo con los principios de Jefferson, sino de acuerdo con las leyes de Marx. Al reconocerlo se ofende tan poco el amor propio nacional como al reconocer que América da vueltas alrededor del sol de acuerdo con las leyes de Copérnico”.

No obstante el extremo atraso del pensamiento económico en los Estados Unidos “tanto en las derechas como en las izquierdas”, Trotsky augura que “los mejores teóricos del marxismo aparecerán en suelo americano”.

Al sostener el colapso del capitalismo y la inevitabilidad de la revolución socialista, el compañero de Lenin afirma una vez más, como ya lo hizo en otros escritos: “Por supuesto, sería mejor alcanzar ese objetivo de una manera pacífica, gradual y democrática”. Pero con palabras que traen a la memoria la famosa sentencia de Goethe: *Nadie cede a lisonjas ni a cumplidos tendientes a alejarlo de su posición ventajosa. En el caso de que no hay otro remedio, todos quieren ser cuando menos desbancados*. . . (Los banqueros, sobre todo), Trotsky, agrega: “El orden social que se sobrevive no cede nunca su puesto sin resistencia”. Y razona como sigue:

“Si en su época, la democracia joven y fuerte demostró ser incapaz de impedir que la plutocracia se apoderase de la riqueza y del poder, ¿es posible esperar que una democracia senil y desvasta-

da se muestre capaz de transformar un orden social basado en el dominio sin trabas de sesenta familias? . . . Ni siquiera la esclavitud pudo ser abolida en los Estados Unidos sin una guerra civil. *La fuerza es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva*. Nadie hasta ahora ha sido capaz de refutar este dogma básico de Marx en la sociología de una sociedad de clases. Solamente una revolución socialista puede abrir el camino al socialismo”.

La persistencia en el régimen colonial no puede llevar sino a la guerra y al fascismo, a pesar de los pronósticos consoladores de Sombart, tantas veces repetidos por sus discípulos, de que el capitalismo, “según se va haciendo más viejo, se vuelve más tranquilo, sosegado, razonable”. Todo lo contrario está a la vista desde 1918. Trotsky explica incidentalmente “la caridad cristiana de Chamberlain con respecto del gangsterismo internacional de los fascistas, que tanto ha sorprendido al mundo entero”. Y también señala por qué “la ideología epiléptica de Hitler es solamente una imagen reflejada de la epilepsia del capitalismo alemán”.

La indirecta complicidad de la orgullosa democracia norteamericana bajo el mandato del Presidente Roosevelt puede certificarse con las siguientes palabras del *Ambassador Dodd's Diary 1933-1938*, que acaban de publicar los hijos del extinto diplomático:

In the United States capitalists are pressing in the same Fascist direction, supported by capitalists in England. Nearly all our diplomatic service here have indicated their drift in the same direction.

No hace falta insistir con nuevos testimonios insospechables y absolutamente “americanos” para comprobar el conocimiento exacto que Trotsky tenía de la plutocracia que no le quiso dar asilo ni vivo ni muerto. Sin recibirlos nunca, Trotsky conocía hasta a sus dignos jefes obreros por su parentesco con los europeos. De John L. Lewis, el poderoso dirigente de la CIO., enganchado al populismo stalinista, escribe de paso en el mismo prólogo: “Si tenemos en cuenta la naturaleza de su misión, la función social de Lewis es incomparablemente más conservadora que la de Roosevelt”. Lo que vino a verse un año después de publicado este juicio cuando Lewis decidió dar su apoyo a Willkie en la última elección presidencial.

Pero con lo transcrito al principio, basta para dar una idea de la importancia del prólogo de Trotsky al “Pensamiento Vivo de Marx”. Sólo agregaremos que la síntesis del primer tomo del Capital que hace Otto Rühle es insuficiente.

Nos hubiera gustado encontrar algunas páginas de los otros libros de Marx, porque después de todo el autor del célebre *Manifiesto* no

BABEL

fué sólo un economista genial sino principalmente un gran escritor. Aunque André Gide sólo alabe en su *Journal* la famosa fórmula: *Los filósofos sólo han tratado de interpretar el mundo, lo que importa es transformarlo*, no se trata de un aforismo único. El movimiento obrero escindido en fracciones aún puede hallar en sus escritos consignas tan valederas como ésta: *Marchad separados, gopead juntos*. Y sentencias tan decidoras como las siguientes: *Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*. O, para la inteligencia: *el proletariado antes de arrancar su triunfo en los frentes de batalla, anuncia el advenimiento de su régimen por una serie de victorias intelectuales*.

Franz Mehring ha recogido casi todas las expresiones perdurables de Marx en su magnífica biografía, buscándolas no sólo entre sus escritos ya clásicos, sino también en su vasta correspondencia con Engels. Por su parte, Trotsky no ha podido emularlo dada la índole de la colección. Pero sin duda su prólogo quedará como una de las páginas más dignas del maestro.

La obra histórica de Marx continúa imponiendo respeto en todo el mundo. Muchas ramas de la ciencia moderna no pueden prescindir de su aporte magistral. La importante revista científica inglesa *The Lancet* encabeza su último número extraordinario en vísperas de la nueva guerra con una frase de Marx. No es extraño, pues, que la colección del *Pensamiento Vivo* lo haya incluido junto a Spinoza y Goethe, tal como lo hacemos aquí otros en este número. Goethe, tal como lo hacemos aquí.

E. E.

SUMARIO DEL N.º 13

LUIS FRANCO	Walt Whitman, el pioner
ERNESTO MONTENEGRO	O! Capitán! Mi Capitán! (versión)
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento
E. MARTINEZ ESTRADA	Hernández y Hudson
MANUEL ROJAS	Ensayo de la mañana
CIRO ALEGRIA	Impresión de Mariátegui
HORACIO QUIROGA	El soldado (obra póstuma)

Los Libros: "De la Poesía a la Revolución"

SUMARIO DEL N.º 14

SIDNEY HOOK	Anatomía del Frente Popular
MANUEL ROJAS	Deshecha rosa (poema)
LUIS FRANCO	Participación argentina
ENRIQUE ESPINOZA	La Escuela de Sarmiento, II
LAIN DIEZ	Renta, Selección, Aptitud
JEF LAST	Testimonio holandés
LEOPOLDO LUGONES	A los republicanos españoles

Los Libros: "Don Alberto Blest Gana"

SUMARIO DEL N.º 15-16

(HOMENAJE A LA MEMORIA DE LEON TROTSKY)

LEON TROTSKY	Retrato y autógrafo
ENRIQUE ESPINOZA	Los escritores frente a León Trotsky
LUIS FRANCO	Vida y muerte de Trotsky
ERNESTO MONTENEGRO	Trotsky, maestro de conciencias
CIRO ALEGRIA	Perfil de un revolucionario
MANUEL ROJAS	El último combatiente
EDMUND WILSON	Rol de Trotsky en la historia
JAMES T. FARREIL	Tributo al gran Viejo
DWIGHT MACDONALD	Intento de apreciación

Ciencia, Historia, Literatura, por LEON TROTSKY
Declaración, etc., etc.

Toda la correspondencia al Director: Delicias 2555 - Santiago de Chile.

Imprenta Nascimento - Ahumada 125 - Santiago

Suscríbese a la revista

b a b e l

EN CHILE:

Precio del número \$ 4.00
Suscripción a 6 números . . . 20.00

FUERA DE CHILE:

Precio del número 0,20 oro/a
Suscripción a 6 números . . . 1 dólar
En la Argentina 1.00
Suscripción a 6 números . . . 5.00
En los Estados Unidos . . . 0 20
Suscripción a 6 números . . . 1 dólar

Sr. Carlos George Nascimento
Calle Ahumada 125
Santiago-Chile

Acompaño la suma de \$ en
para que me suscriba a la revista *Babel* desde el número hasta
el número

.....
Domicilio

.....
Nombre y apellido

Toda la correspondencia al Director dirijase a Delicias 2555